

BOLSILIBROS

POLICIACA

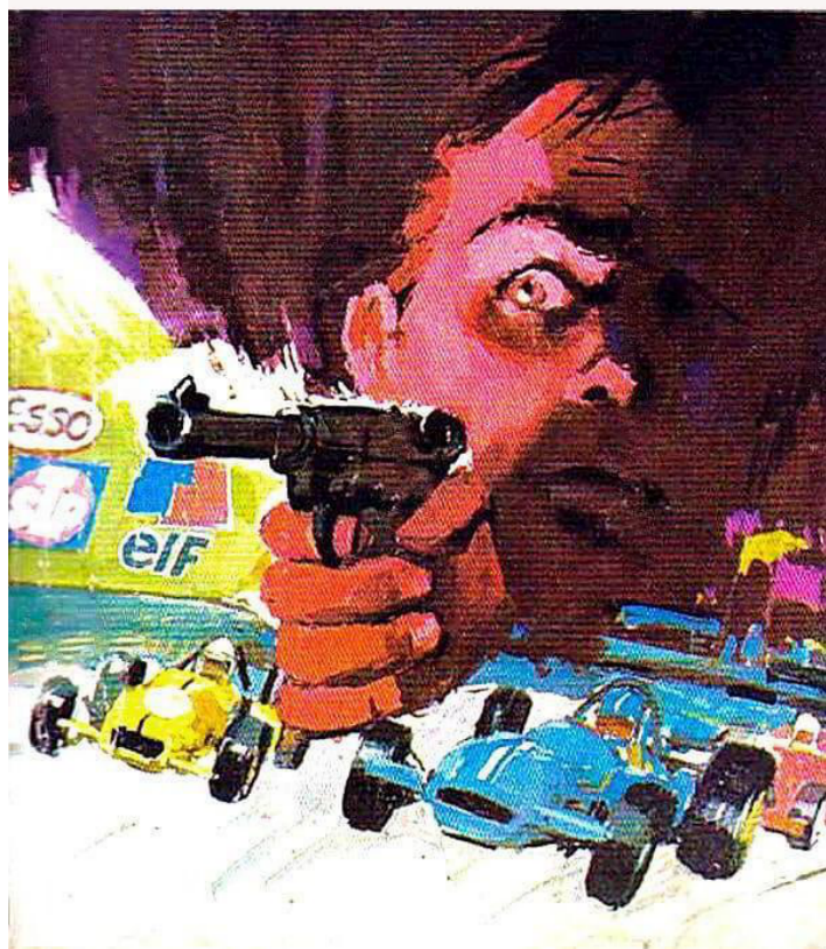
SERIE

SERVICIO SECRETO

TOP SECRET

de

ralph barby



El «Porsche
911-S»

rugía materialmente y sus ruedas giraban a una velocidad endiablada. Las esferas del salpicadero parecían alocadas y casi todas las agujas entraban en zona roja. El velocímetro llegaba a los trescientos kilómetros hora.

Jo Alan mantenía en el cambio de marchas la velocidad más larga. Aquel automóvil no era un vulgar «Ford» o «Mercedes» en el que sólo había que pisar el freno o el acelerador por ser el cambio de marchas automático. Dentro de aquel bólico deportivo jugaba y mucho la destreza del piloto con el cambio de marchas mientras el pie derecho hundía el pedal del gas.



Ralph Barby

Top secret

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1210

ePub r1.0

Titivillus 04-12-2019

Título original: *Top secret*
Ralph Barby, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El «Porsche
911-S»

rugía materialmente y sus ruedas giraban a una velocidad endiablada. Las esferas del salpicadero parecían alocadas y casi todas las agujas entraban en zona roja. El velocímetro llegaba a los trescientos kilómetros hora.

Jo Alan mantenía en el cambio de marchas la velocidad más larga. Aquel automóvil no era un vulgar «Ford» o «Mercedes» en el que sólo había que pisar el freno o el acelerador por ser el cambio de marchas automático. Dentro de aquel bólico deportivo jugaba y mucho la destreza del piloto con el cambio de marchas mientras el pie derecho hundía el pedal del gas.

Jo Alan vigilaba el asfalto que semejaba engullido por el motor del «Porsche 911-S», pues a los lados apenas podía verse nada a causa de la velocidad a que rodaba.

El casco le protegía la cabeza en su totalidad, con una mirilla transparente para los ojos. El resto del cuerpo se hallaba ajustado por un traje de piel y unos guantes para impedir que el sudor le hiciera cometer algún error por deslizamiento.

Una de las curvas se le vino encima súbitamente y quitando el pie del acelerador, hundió el freno. Los neumáticos chirriaron de forma espeluznante y la pastilla quedó impresa en el suelo.

Jo Alan jugó peligrosamente con las marchas y la aguja bajó a los cien kilómetros hora. El coche semejó ir a salir de costado fuera del asfalto, pero el pie derecho del piloto se hundió de nuevo en el acelerador mientras subía otra marcha. En medio de un ruido bronco, el «Porsche» saltó hacia delante.

Sólo un hombre con los reflejos que poseía Jo Alan podía salir indemne de aquella situación. Cualquier otro habría tenido que ser sacado del interior del coche, a no dudar destrozado, con alicates y cizallas de mano.

En las rectas había puesto el automóvil al tope. En algunas curvas, incluso se había salido del asfalto, pero consiguió lo que quería, por

lo menos así lo creyó cuando la bandera ajedrezada cayó a su paso por la línea de meta.

Jo Alan disminuyó la velocidad. Dio otra vuelta al circuito y se dirigió a *boxes*. Apenas había nadie en el autódromo, sólo los cuidadores, algunos pilotos, fabricantes o representantes de escuderías y varios periodistas.

Jo Alan detuvo el coche. Abrió la portezuela y, como una exhalación, saltó del vehículo exigiendo:

—¡Rápido, un extintor!

Le fue entregado un extintor de mano en el preciso momento en que el automóvil se inflamaba, convirtiéndose en una gran llamarada.

Los que estaban en *boxes* saltaron asustados, con el pánico reflejado en sus rostros, temiendo que el coche estallara quemándolos vivos a todos.

El arrojo y la temeridad de Jo Alan consiguió dominar la situación, apagando el fuego en menos de cinco segundos. Vomitó el chorro de polvo y gas extintor sobre todo el coche hasta tener la completa seguridad de que ya nada volvería a pasar.

Varios reporteros le hicieron fotografías mientras se hallaba frente al auto incendiado. Después, al coche nada parecía haberle pasado.

El juez de pista le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, Jo Alan?

—Perdía algo de carburante en estado gaseoso. Lo he notado por el control del salpicadero, pues no podía verse. Corría peligro de inflamarse dentro del coche, pero he querido llegar hasta el final.

Un periodista preguntó:

—Si sabía lo que estaba pasando, ¿por qué ha continuado?

—El peligro no estaba corriendo, si no en detenerse. A esa velocidad, la gasolina gasificada que escapaba por algún manguito mal ajustado o con fisuras, se la llevaba el fuerte viento, pero al pararme sabía que se acumularía y debido al gran recalentamiento del motor se inflamaría de inmediato, y así ha sido. —Miró al mecánico e indicó—: Tendrás que ajustar todo el circuito de conducción de carburante, por poco luego asado.

—¿Cuándo le veremos corriendo en fórmula uno? Inquirió uno de los periodistas.

—De momento me conformo con los prototipos deportivos —respondió Jo Alan con el casco en la mano.

Se notaba en su rostro el sudor y el ligero cansancio. Era alto y delgado, de ojos verde oscuro y cabello negro. Tenía una constante en su rostro: parecía estar siempre sonriendo y ello le granjeaba muchas amistades femeninas, de las cuales, tres o cuatro merodeaban por allí cerca, todavía fascinadas por su valor ante el peligro.

—Por lo menos, usted se ha salvado, Jo Alan —dijo Sony, una esbelta, bella y astuta periodista.

—¿Se refiere a que alguien sí ha tenido un tropiezo? Creí que corría sólo en el autódromo.

—Y así ha sido, Jo Alan. Además, ha batido el récord del circuito, lástima que los jueces internacionales no estaban aquí para homologarlo —dijo el juez de pista.

—Bueno, si lo he batido hoy, otro día también podré hacerlo, ¿verdad, Bob?

El mecánico sonrió mientras dejaba el motor al descubierto para que se enfriara cuanto antes y pudiera buscar la avería. El ayudante del mecánico insufló aire a presión con una manguera para acelerar el enfriamiento.

La periodista dijo:

—Una familia entera, con tres hijos, ha aparecido muerta esta mañana en su casa de las afueras de la ciudad.

—Vaya, ¿un crimen?

—Sí y al estilo de Manson —respondió Sony—. En los periódicos de esta tarde saldrán los reportajes. Me temo que algunas de las fotografías tendrán que censurarlas, me han dicho que son escalofrantes, casi repugnantes.

—Sí, esa clase de crímenes siempre son repugnantes. ¿Algo ritual?

—Eso parece.

—Supongo que estarán interrogando a todos los *hippys* del condado de Los Angeles.

—Sí, eso deberá estar haciendo la policía estatal, claro que a los *hippys* se les carga todo. Hace algún tiempo, unos alemanes, padre e hijo, hicieron también un crimen ritual asesinando a madre e hija, es decir, a la esposa e hija del padre y a la madre y hermana del hijo.

—Sí, algo sucio, ya oí hablar de ello.

—Y no eran *hippys* —recalcó Sony.

Jo Alan sonrió.

—¿Partidaria de los *hippys*?

—Sólo trato de ser justa y objetiva, por eso soy periodista.

—Eso está bien.

—¡Jo, Alan, Jo Alan!

—¿Qué ocurre? —respondió volviéndose hacia el vigilante del autódromo, un hombre de color y de gran corpulencia.

—Le llaman al teléfono.

—Está bien, ahora voy.

—¿Alguna admiradora? —preguntó Sony, mordaz.

—No soy un cantante de moda; yo no tengo admiradoras sino amigas.

—¿Amigas simples o amigas íntimas? —insistió sin abandonar su picardía. De pronto, levantó su cámara, provista de *flash* electrónico.

Jo Alan aguantó el relámpago artificial sin pestañear y luego, antes de alejarse y sin esperar respuesta, preguntó:

—¿Es para el periódico o para su mesita de noche?

—¡Fanfarrón! —exclamó la joven.

Se volvió hacia el veloz «Porsche

911-S»

y le tomó otra fotografía, quizá por hacer algo.

Jo Alan cogió el auricular del teléfono de la pequeña oficina y sentándose ante la mesa, dijo:

—Aquí Jo Alan, ¿quién llama?

—Hace falta una niñera a las cuatro —respondió una voz grave y profunda al otro lado del hilo.

—Correcto. ¿Dónde?

—Donde los ojos están abiertos cuando debieron estar cerrados.

—Entendido. ¿De qué se trata?

—El caso Landon, es de vital interés.

Jo Alan colgó y frunció el ceño.

Aquella llamada urgente y en clave, le preocupó, no porque posiblemente tuviera que jugarse la vida, sino por los problemas que podían haber surgido.

A través de los cristales vio a Sony y observó que guardaba algo precipitadamente en su bolso. Pensó que le agradecería salir con ella, pero al mirar su reloj de pulsera se percató de que no le quedaba

mucho tiempo para acudir a la cita.

Sony tenía una nariz ligeramente respingona y sus piernas, que podía ver casi hasta las ingles, eran estéticamente perfectas.

El vestido combinado con mini-*shorts*, para ambientes deportivos, era rabiosamente tentador y Sony no ignoraba qué elementos ponía en juego para hacerse atractiva y hallar vulnerabilidad en los hombres, quizá por instinto femenino, quizá por instinto profesional.

Jo Alan movió la cabeza, contrariado, y se dirigió al vestuario; la cita era lo primero.

CAPÍTULO II

En jueves y a las cuatro de la tarde, no había prácticamente nadie en el recinto zoológico del Griffith Park.

Jo Alan, con paso indiferente en apariencia, pero sin vacilaciones, se dirigió al aviario y dentro de éste, cruzó una puerta, internándose en el aviario nocturnal.

Aunque en el exterior luciera un brillante sol, allí dentro la luz y la temperatura eran nocturnas. Grandes jaulas de cristal, con luces azuladas y otras rojas y tenues, encerraban mochuelos, ratas, murciélagos y hasta vampiros de la Pampa que estiraban sus grandes alas al tiempo que mostraban sus agudos colmillos hematófagos. Sus ojillos se clavaron en Jo Alan.

Al fondo del aviario nocturno había una sombra humana. Tenía un cigarrillo encendido en la mano y su punta roja destacaba.

—¿Tiene gusanos? —le preguntó a guisa de saludo, aunque era una contraseña. La luz era escasa y cualquier experto en mimética humana podía pasar por quien no era en realidad.

—No, los gusanos los trae Snoopy —respondió el hombre del pitillo. Aquel sujeto era de baja estatura comparado con Jo Alan.

Vestía un traje elegante y fresco y cubría su cabeza con un sombrero verdoso que no destacaba en absoluto. Jo Alan le conocía bien, había tenido varios contactos con él, pero nunca podía fiarse del todo.

—Lionel, ¿cuál es el problema?

—La familia Landon.

—¿Landon? —Jo Alan frunció el entrecejo, aunque el llamado Lionel no pudo apreciarlo dada la escasez de luz para la buena visión del ojo humano mientras uno de aquellos vampiros que se hallaban al otro lado del grueso cristal les contemplaba con fijeza.

—¿No ha oído nada acerca de un asesinato ritual de un matrimonio y tres hijos, hecho al estilo de Manson y sus acólitos?

—Me han hablado de la noticia, pero creo que es una investigación que lleva a cabo la policía estatal.

—Y la seguirá llevando, oficialmente. Peter Landon, de origen

judío, es un ingeniero electrónico empleado en la Cooper Electronic Corporation, una empresa no muy grande y que fabrica determinadas piezas para computadoras y equipos especializados para emisoras de televisión.

—¿Cuál es el problema, Lionel, por qué quiere que meta yo la cabeza en este asunto con apariencias de crimen, más o menos repugnante, pero crimen, al fin y al cabo?

—La Cooper Electronic Corporation sólo es una tapadera.

—Eso ya empieza a decir algo, continúe.

El hombre del sombrero verde se llevó el cigarrillo a los labios; chupó con fuerza y no habló hasta que hubo expulsado el humo por su nariz. Era como si se hubiera tomado un tiempo para pensar. Era un individuo que hablaba despacio, meditando cuanto decía.

—Determinados empleados de la Cooper Electronic Corporation llegan por la mañana a sus puestos de trabajo y luego, una vez en el vestuario, pasan a una habitación donde existe una escalera descendente que conduce a un garaje subterráneo. Allí, suben al interior de un furgón sin más ventanillas que las de la cabina y un chófer les saca de la pequeña fábrica material eléctrico conduciéndoles a un centro de investigación federal de radiaciones atómicas sobre la agricultura.

Jo Alan parpadeó. Miró al vampiro y éste seguía observándole con fijeza.

—¿Es importante ese centro de tratamiento atómico para la agricultura?

—Eso es otra tapadera.

—Todo está muy complicado, Lionel.

—Así es, por eso le han elegido a usted, Jo Alan.

—Bien, siga, parece que es interesante.

—En los subterráneos de esta planta de tratamiento atómico existe una planta de computadoras muy especializadas. Mediante un sistema secreto de comunicación que parte de Houston, recibe muchos datos que pasan por Houston sin ser descifrados y como material desechable, aunque, en realidad, es muy importante, yo diría que importantísimo y altamente secreto.

—¿Y qué es lo que computan en los subterráneos de esa supuesta planta de experimentación agrícola?

—Son los datos que reciben de los espías en órbita.

—Entiendo, los Agena.

—Sí. Antes, los primeros satélites espías, fotografiaban con distintos tipos de película y había que esperar a recuperar el satélite para conocer los resultados. En cambio, ahora es distinto. El propio satélite transforma la información captada en señales codificadas, pero camufladas y amalgamadas con otras para desorientar a otros posibles escuchas. Estas señales se reciben en Houston, y allí, hombres del Gobierno clasifican las más claras, que en el fondo no sirven para nada. El material que desechan, sobrante en apariencia, pasa a unas determinadas líneas microfónicas que son recibidas en la planta de investigación atómica para la agricultura y allí, con las complejas computadoras, se clarifican, descifran, estudian, etcétera. Pero, no creo que de este asunto nos interese hablar ahora.

—Entiendo, lo que importa es que Peter Landon trabajaba secretamente en el desciframiento y computación de los datos enviados por nuestros satélites de espionaje y control.

—Así es, Jo Alan. Ese hombre trabajaba allí dentro y ni su mujer ni sus hijos lo sabían. Hasta cuando hablaban con él por teléfono llamando a la Cooper Electronic, la línea pasaba directamente al subterráneo camuflado bajo la planta de investigación.

—¿Su esposa jamás había ido a buscarle dentro de la empresa?

—No se puede pasar al interior de la Cooper Electronic sin un determinado permiso. Hay doble barrera de acero y la segunda está electrificada. Los vigilantes de la puerta son muy estrictos, aunque ni ellos mismos saben que determinados científicos abandonan cada mañana la empresa en el furgón, ya que dicho vehículo tiene paso franco. Después, regresan en él mientras que los automóviles de los científicos quedan aparcados dentro de la empresa, como si sus dueños permanecieran allí durante todo el horario normal de trabajo.

—Una perfecta labor de defensa contra el espionaje de nuestro país.

—Sí, hay muchos agentes expertos que desearían descubrir dónde se computan los datos que se recogen de los satélites espías de control que dan vueltas y vueltas a la Tierra, determinando los puntos exactos donde hay armamento bélico, puertos importantes, movimiento de mercancía o tropas, etcétera. El satélite espía es el elemento más importante que se posee actualmente, tanto de nuestro país como los del otro lado del Telón de Acero y de Bambú

para controlar y evitar un posible ataque sorpresa como el que ocurrió en Pearl Harbor. Desde entonces, todo ha cambiado mucho.

—Sí, en especial la electrónica y la astronáutica.

—Así es. El asesinato de Peter Landon y toda su familia puede ser lo que nosotros llamaríamos un simple crimen ritual llevado a cabo por unos fanáticos, drogadictos, paranoicos o tipos ansiosos de llamar la atención mundial aunque a ellos les cueste la cabeza, pero también es posible que en el fondo existan otros motivos y se haya producido una fisura en nuestro sistema de protección contra el espionaje enemigo hacia nuestras computadoras más secretas. Landon era un hombre importante en el manejo de las computadoras. Por sus manos, aunque muy pocos lo supieran, pasaban datos de importancia capital. Sólo tengo que decirle que allá abajo hay un teléfono con línea directa con el presidente.

—De modo que el contraespionaje debe comenzar a engranar.

—Si empleáramos los elementos de contraespionaje normales, hasta el posible enemigo se daría cuenta. Lo mismo que nosotros tenemos controlados y fichados a espías y contraespías suyos, ellos también los tienen nuestros, por eso le hemos escogido a usted, Jo Alan, que actúa como hombre «libero» empleando términos deportivos. No tiene ficha en parte alguna y para el mundo sólo es un piloto de pruebas que cada vez que sube a un bólido arriesga su vida, pero ello le permite viajar por todo el mundo y alternar en los más diversos ambientes. Su labor como contraespía es perfecta hasta el momento.

—Espero que siga diciendo lo mismo el día que me sepulten bajo seis pies de tierra.

—Ya sabe que no tendrá más honores que los que le dispensen sus amigos de las carreras o los muchachos de la Prensa.

—Sí, ya lo sé. Este trabajo de contraespionaje es difícil, pero divertido.

—Y muy arriesgado, claro que para un hombre como usted, que se mete en uno de esos bólidos al máximo de su velocidad y cuando todavía nadie ha probado si la pieza nueva que le han insertado irá bien o mal, el riesgo carece de importancia.

—Es un trabajo apasionante. Creo que hay que tener un sexto sentido para ser piloto de pruebas.

—Y si además se es contraespía, mucho más divertido. Reciba mi

más sincera admiración, Jo Alan, claro que quizá a lo máximo que llegue cuando le entierren es a echar una flor sobre su tumba, posiblemente ni eso si hay mucha gente.

—Se lo agradezco de antemano —replicó sarcástico—. Investigaré el caso Landon sin interponerme con la policía estatal y averiguaré si la muerte de Landon y su familia ha tenido algo que ver con su trabajo altamente secreto o bien está totalmente al margen del mundo del espionaje.

—Suerte, Jo Alan. Los capitostes están ansiosos por saber algo.

—Una pregunta.

—¿Sí?

—¿Se ha averiguado si falta algo en ese centro secreto de computadoras?

—Por ahora no se ha notado a faltar nada, aunque se está realizando una investigación minuciosa y profunda al respecto. Es una labor larga, complicada y difícil. Pasó a la historia el tiempo en que el espía conseguía un gran éxito fotografiando documentos. Ahora, las computadoras tienen otro lenguaje más complicado: cintas perforadoras, cartuchos de *cassette* en ondas especiales, cartuchos de *videocassette* que equivalen a gran cantidad de mapas tomados por telecámara con distintos tipos de rayos, etcétera. Si falta algo será difícil averiguarlo, incluso puede haberse sacado copia. Mientras se trabaja investigando en el centro secreto de computadoras, usted puede investigar directamente y averiguar lo que sea.

Jo Alan frunció los ojos y a través de la débil luz rojiza que iluminaba el aviario nocturnal escrutó el rostro de su contacto con el departamento federal de contraespionaje.

—¿Vía libre para todo? —preguntó.

—Sí, hay vía libre. Quizá no hayamos perdido nada, quizá sólo sea una falsa alarma, pero a lo peor hemos perdido la seguridad de todo el mundo occidental.

—Entendido.

Los dos hombres se estrecharon la mano. El vampiro más grande de la jaula, un macho de considerables proporciones, abandonó la rama de la que se hallaba colgado saltando contra el cristal. Aleteó rabiosamente como si pretendiera lanzarse sobre los hombres sin poder conseguirlo, ya que el grueso cristal tras el que lo habían

encerrado se lo impedía.

CAPÍTULO III

Jo Alan se introdujo en el club nocturno Centauro.

Era un local de tercera lila, pero muy concurrido la mayoría de las noches. El público acudía a él no para reunirse socialmente, sino para pasarlo divertido con las picardías del *show*.

Con un cigarrillo entre los labios y las manos en los bolsillos, Jo Alan pasó junto al mostrador. Varias manos le estiraron del brazo intencionadamente, pero él ni siquiera reparó en aquellas féminas animadoras y algo más si el cliente resultaba propicio.

Se introdujo por una puerta y un vigilante le cortó el paso.

—Lo siento, aquí sólo entran... Ah, es usted, Jo Alan. Mucho gusto en volver a verle. He visto una fotografía suya en el periódico de la tarde apagando las llamas de su bólido. Difícil profesión la suya.

—Sí, algo arriesgada.

—¡Jo Alan, hace tiempo que no te vemos por aquí! —exclamó una de las sensuales bailarinas de *strip-tease*, estrechándose contra él voluptuosa.

—Hola, encanto. Cualquiera día me dejo atrapar por ti.

—¿Cuándo será ese día?

—Por el momento sólo tienes como rival a mis bólidos deportivos.

—¡Tú y tus coches...!

La chica le besó apasionadamente; Jo Alan estaba ya acostumbrado a la efusividad de Leila.

—¡Leila, Leila, a la pista! —gritó alguien desde lejos, mientras comenzaba una musiquilla sensual.

—Querido, si me esperas, será tu gran día.

—Oh, sí, mi gran día —remedó con fingido entusiasmo. Ni siquiera había cerrado los ojos ante el efusivo y casi devorador beso.

—Una chica de cuerpo perfecto —opinó el vigilante mientras ella se alejaba.

—He de admitir que así es —aceptó volviendo a colocar el pitillo en su boca.

—Le pedí que se casara conmigo.

—Mala cosa, no sería el único.

—Me conformaría.

Jo Alan miró con lástima a aquel hombre que suspiraba por una migajas de amor.

—¿Está She-Mouse por ahí?

—Sí, en su camerino. Después de Leila, le toca salir a él.

—Bien. He recibido un telegrama de su mujer y se lo quiero entregar en propia mano.

—¿Cómo? —inquirió estupefacto el vigilante.

Con las manos en los bolsillos, Jo Alan se alejó hacia el camerino de She-Mouse sin responderle.

Golpeó ligeramente con los nudillos sobre la puerta y una voz muy fina, rezumando miel, respondió:

—Adelante quien sea, She-Mouse a su disposición.

Abrió la puerta.

She-Mouse se hallaba sentado en el escabel frente al espejo, maquillándose. Tenía el cabello entrecano, pero en aquel momento se estaba colocando una peluca rubia con bucles. Llevaba los labios pintados y su rostro expresó alegría al reconocer a su visitante.

—¡Jo Alan! —Se levantó—. ¿Tú por aquí? Ya te habías olvidado de She-Mouse.

Ante el impulso de aquel hombre, a todas luces feminoide, Jo Alan puso su gran mano por delante, frenándolo.

—Vamos, no seas empalagoso, no me gusta que me beses.

—Pero, ¿qué mal hay en que te bese como a un hermano? —preguntó She-Mouse brillándole los ojos.

—Ninguno, sólo que no me gusta que me beses.

—Oh, qué triste, pero qué triste me dejas. Y yo que creía que tú eras mi más *caro* amigo...

—Vamos, deja de hacer comedia, aquí no estás en la pista ante el público.

Con gesto ofendido y mirando hacia otro lado, She-Mouse preguntó:

—¿Qué es lo que quieres? Los hombres como tú siempre pedís algo, sois muy interesados, pero que muy interesados.

Jo Alan sabía que, pese a su desviación sexual, She-Mouse era un buen tipo, aunque metido hasta el cuello en el mundo del hampa.

—¿Qué sabes de los Landon?

—¿Landon? —Se giró con expresión perpleja y luego volvió su rostro hacia el espejo para contemplarse mejor. En voz baja,

mientras se acariciaba el rostro, se lamentó—: Cada día peor... Me ha salido una arruguita nueva, tendré que visitar a mi dermatólogo en cuanto me sea posible.

—La esposa de Landon era amiga mía.

—Me lo imagino, me lo imagino. —Movi6 la cabeza reprobador—. Los hombres como tú sois perversos, destrúis los matrimonios. Has nacido para permanecer soltero y no atarte a ninguna mujer. —Se volvió hacia él y casi con desafío preguntó—: ¿Y por qué tengo que decirte algo de los Landon?

Jo Alan sacó unos billetes del bolsillo que puso en forma de abanico; eran cinco y de a veinte dólares cada uno.

—Creo que es motivo suficiente.

—Cien dólares, no está mal. Siempre ha sido generoso cuando haces preguntas, Jo Alan. —Estiró su mano, cogiendo los billetes—. Sin embargo, me gustaría más...

—Cierra el pico y dime lo que sepas de los Landon.

Se guardó el dinero por el interior de la camisa con un gesto femenino y respondió:

—No sé nada, absolutamente nada y a mí, esos crímenes con tanta sangre me repugnan.

—Oye, si no sabes nada, vas a devolverme los cien pavos.

—Aguarda, aguarda, no seas tan impaciente. Verás, este asunto es muy desagradable, pero me gano los cien dólares diciéndote quién, en este caso, puede tener las orejas más largas que yo.

—Veamos si es interesante. Yo pensaba que tú lo sabías todo.

—Desde que se metieron los *hippys* de por medio, no lo sé todo y hasta la Piensa amarilla dice que este asunto es de *hippys*. Lo han hecho al estilo de Manson y sus mancebas.

—Sí, eso parece, tiene todo el aspecto de un crimen ritual.

—Joyce sabe mejor que nadie lo que ocurre entre los desgredados.

—¿Joyce?

—Es una mujer, se hace vieja ya. Si sabes manejarla y ser generoso con ella, puede que te diga algo.

—Si es que lo sabe, ¿no?

—Eso es, claro que si ha intervenido algún melenudo, seguro que Joyce lo sabe, pero ten cuidado con ella.

—¿Cuidado?

—Sí. —Bajó la voz—. Es una bruja.

—¿También es de esas histéricas?

—Ha participado como acólita en varias misas negras y en confianza te diré que hace algún tiempo trabajaba en un *night-club* de Nueva York haciendo *strip-tease* barato y está fichada por la policía de varios estados.

—¿Por qué cargos?

—Drogas, sospecha de proxenetismo, abuso de confianza, robo, etcétera, etcétera. Si no crees en las brujas, por lo menos desconfía de ella en otros aspectos, es el consejo de alguien que te estima, tu amigo She-Mouse que soy yo.

—De acuerdo, She-Mouse. ¿Dónde puedo encontrar a esa temible Joyce?

—Joyce vive en un pequeño apartamento de...

CAPÍTULO IV

La buhardilla en que vivía Joyce se ubicaba en un edificio viejo de ocho plantas, situado al norte de la ciudad, cerca de la carretera de San Francisco.

El ascensor sólo subía hasta el piso octavo. Después, unos peldaños que se diferenciaban en cuanto a la calidad del resto de la escalera, subían hasta un pequeño rellano en el que se abrían tres puertas. Una salía al tejado para casos de reparación; la otra daba al cuarto de maquinaria del ascensor y la tercera a la buhardilla que, en un día ya lejano, pudo ser trastero comunitario de los vecinos o algo por el estilo.

El lugar era feo, algo sucio y escaso de luz, aunque podía leerse bien el letrero que colgaba en la puerta y que resultaba bastante explícito:

«Si quieres entrar, mete un dólar de plata en la ranura que hay en el lugar del timbre. Si no tienes un dólar, echa dos monedas de a medio dólar y si estoy dentro, la puerta se abrirá.

»Joyce».

Jo Alan sonrió. Aquel cartelito era bastante identificativo de la personalidad de aquella mujer de la que hablara She-Mouse.

Hurgó en su bolsillo, sacó dos monedas de a medio dólar y las introdujo en la ranura. Escuchó el ruido del dinero al caer en algún lugar metálico al otro lado de la puerta.

Automáticamente, un resorte le franqueó la entrada. Sólo tuvo que empujar y la puerta cedió. Después, un muelle neumático volvió a cerrarla.

La luz era escasa, tenue, pero Jo Alan vio la caja metálica adosada a la puerta; allí recogería el dinero de sus visitantes aquella mujer.

La buhardilla consistía básicamente en una gran pieza, pero dos biombos espectacularmente pintados con alegorías cabalísticas

mordían un pedazo de la misma formando un pequeño recibidor.

Jo Alan cruzó por entre los dos biombos. Las luces predominantes eran verdes y rojas y en muchos lugares había oscuridad, ya que la potencia lumínica era escasa.

Tras rebasar aquellos biombos se encontró con más biombos, de diferentes formas, pero ninguno de ellos habría sido comprado por un anticuario del siglo veinte, por supuesto.

—¿Es eso un laberinto? —inquirió en voz alta.

—Camine hasta el biombo de las calaveras con flores en la boca, detrás estoy yo.

Tras la respuesta dada por una voz femenina, Jo Alan halló rápidamente el biombo mencionado. Lo rodeó y descubrió a una mujer frente a un espejo.

Tenía una larga y espesa cabellera negra y de cintura hacia abajo vestía un par de retales púrpura de un palmo y medio de largo como máximo, uniéndose las piezas frontal y posterior con simples nudos a los lados.

Los sujetadores eran dos conglomerados de abejitas hechas de tela y sostenidos en los hombros y espalda por delgadas cintas de *nylon* color carne.

Artificialmente, aquella mujer mostraba unos labios muy rojos y su mirada resultaba turbia. Era difícil, casi imposible, calcular su edad, pero rondaría los cuarenta. En cuanto a esbeltez, podía estar orgullosa, pues sabía conservarse bien.

—Hola, encanto. No te he visto nunca antes de ahora. No te habrás gastado un dólar sólo para decirme que vendes aspiradoras o que haces seguros de vida, ¿verdad? Oh, no, tú no tienes cara de eso.

—Por suerte —respondió Jo Alan.

Sacó un paquete de cigarrillos y lo tendió a la mujer. Ésta tomó el paquete y extrajo un pitillo. Con un mechero que era la representación del perro de Anubis, le prendió fuego. Tras expulsar la primera bocanada de humo, entregó el cigarrillo al hombre sin devolverle el paquete de tabaco que tiró encima de la larga mesa tocador en la que, además de cosméticos y fetiches de los más diversos tipos, se hallaba un teléfono al que alguien se había entretenido en pintarle florecillas amarillas sobre la ebonita negra.

Joyce se levantó y caminó ondulante como una pantera que desea ser admirada.

Apartó uno de aquellos biombos, Jo Alan calculó que habría una veintena de ellas en la extraña buhardilla decorada por una pseudobruja, y tras el biombo apareció una cama circular de ocho pies de diámetro.

Estaba cubierta por una especie de sábana o colcha blanca que aparecía ligeramente violeta debido a una luz especial que partía de una lámpara con varios focos.

La tela tenía impresa, o quizá dibujada por un ignorado artista, una tela de araña.

Joyce se sentó sobre la cama y gateó hasta colocarse en su centro. Jo Alan, a un par de yardas de distancia, la observó a través del humo del cigarrillo que estaba fumando.

La mujer, en el centro de aquella artificial tela de araña y en postura muy provocativa, flexionó la cama con su mano.

—Ni muy dura ni muy blanda, como a mí me gusta —comentó.

—¿Y todo por un dólar de plata?

—No me subestimarás hasta tal punto, ¿verdad? —preguntó sonriendo maliciosa.

—Sería estúpido de mi parte que lo hiciera. Sé quién eres, Joyce.

—Pues estás en ventaja, porque yo no sé quién eres tú.

—Me llamo Jo Alan.

—¿El piloto de carreras?

—Hay poca luz aquí, pero si leyeras algunas revistas me habrías reconocido.

—Es cierto, he debido reconocerte. Eres muy atractivo, ¿cómo diría? Muy masculino.

—Joyce, no he venido a mariposear entre las flores, aunque reconozco que tienes un habitáculo muy particular.

—Algunos no lo olvidan jamás —advirtió con voz ronca, moviéndose ahora lentamente como lo haría una bella serpiente.

Era una mujer extraña, de movimientos cambiantes, pero a Jo Alan no se le escapaba que era altamente peligrosa. Su dentadura era blanca y sus colmillos podían resultar muy afilados.

Era una predatora nata, posiblemente disfrutaría atrapando a sus víctimas y luego las exprimía hasta dejarlas sin un solo dólar y acaso su sadismo llegara a hundirlos moral y físicamente.

—Sé que te mueves y mucho entre los *hippys*.

—Sí, aquí lo mismo viene un melenudo que un *gentleman* de la

High Life y también hombres como tú, aunque he de reconocer que estos últimos escasean y, ya ves, cuando la ocasión es especial, hasta me conformo con el dólar de la puerta. A ti te ha tocado esa suerte, Jo Alan.

—Gracias, encanto, pero ya te he dicho que no he venido a libar flores.

—¿Eres tan gélido como aparentas o es que esta noche ya te has mirado en los ojos de otra mujer?

—Joyce, háblame de los Landon.

—¿Landon?

La mirada femenina cambió rápidamente. Acusó sorpresa primero y luego un vivo interés. El blanco de sus ojos resultaba también extrañamente violeta bajo aquella luz. Jo Alan supuso que allí había un juego de rayos ultravioleta para dorar la piel y otro de infrarrojos para proporcionar calor.

—Sí. —Chupó fuerte del cigarrillo y sin sacárselo de la boca, expulsó el humo por las fosas nasales—. Estoy seguro de que tú puedes decirme algo.

—¿Yo? Tonterías. Hay una manía psicopática en la sociedad burguesa de que todos los crímenes repugnantes los cometen los *hippys*.

—¿Tú te consideras *hippy*?

—Me considero ni más ni menos que Joyce, que no es poco, pero los *hippys* son amigos míos y también algunos ejecutivos de la High Life. A los que no soporto son a esos burguesillos que están hasta el cuello con letras de electrodomésticos y casitas en las afueras con albercas que sólo sirven para bañarse los pies.

—A mí me interesa encontrar a quien o a quienes se cargaron a la familia Landon, e insisto en que tú puedes ayudarme, por eso estoy aquí y podría ser generoso contigo si me informaras. Nadie tendría por qué saberlo.

—¿Generoso? Sólo por curiosidad, ¿hasta cuánto serías generoso?

Los ojos femeninos adquirieron un brillo muy especial. Jo Alan comprendió que la codicia la estaba punzando por dentro.

—Podría llegar hasta los cinco mil dólares —dijo casi con indiferencia.

—¿Cinco mil? Es mucho dinero, pero también puede ser poco. —Saltó súbitamente hacia delante para llegar al final del lecho

circular. Quedó allí arrodillada y puso sus brazos desnudos sobre el cuerpo del hombre—. Seguro que hasta llegarías a los diez mil.

Jo Alan tenía los ojos de la mujer mucho más cerca, podía verse retratado en ellos pero no se dejó encantar.

—Quizá, si todo llegara a resultar satisfactorio para mí.

—¿Y qué entiendes tú por satisfactorio, entregar el asesino a la policía?

—No, eso sería estúpido de mi parte. A mí me interesa otra cosa.

—¿El qué?

Jo Alan se encogió de hombros.

—¿Para qué decírtelo? Ya me has dicho que no sabes nada de los asesinos de los Landon.

Hizo ademán de apartarse de ella para alejarse, pero Joyce lo agarró por la nuca, casi le clavó las uñas entre el cabello. Jo Alan notó la tensión de la mujer que trataba de disimular su vivo interés sonriendo con picardía.

—Pudiera ser que yo llegara a averiguar lo que te interesa, ya te he dicho que conozco a mucha gente. Sé de muchas chicas de la buena sociedad que yo tengo en un álbum y acuden al teléfono cuando las llamo. Sí, sé muchas cosas.

—¿Sucias?

—Interesantes es menos feo de decir.

—Correcto. Si sabes algo de lo que busco, me buscas tú a mí y me lo cuentas.

Joyce hubo de saltar de la cama para retener a Jo Alan que ya se marchaba.

—No me has dicho dónde puedo encontrarte.

—Si eres tan lista y sabes tanto, me encontrarás.

—Tampoco me has dicho lo que realmente buscas y así es difícil ayudarte. A estas horas hay mucha pero que mucha policía tras los asesinos de Landon y hasta resulta peligroso meter las narices en un asunto como éste. Se puede acabar en el banquillo de los acusados como cómplice y, francamente, no me gustaría terminar mis días en la cárcel, claro que si merece la pena, se puede correr un poco de riesgo.

—La esposa de Landon era amiga mía.

—Conque es eso, ¿eh? ¿Eres su amante?

—Yo no he dicho tanto, sólo que algo que ella tenía ha

desaparecido y quiero recuperarlo.

—¿Tan importante es que puedes pagar diez mil dólares?

—He ofrecido cinco mil. Sólo en caso muy satisfactorio podría ser doblemente generoso.

—¿Y si lo que buscas lo tiene la policía?

—No, sé que no lo tiene, por eso no me buscan a mí también —dijo muy despacio, remarcando las sílabas.

—¿Algo que te compromete?

—Tú me vas a comprometer si sigues preguntando. Ahora, lo siento, Joyce, tengo que ir buscando otras fuentes de información.

Caminó con paso rápido hacia el largo tocador, pero ella le alcanzó allí, reteniéndolo.

—No seas tan brusco, Jo Alan. Puedo ser tu amiga y ayudarte a recuperar lo que deseas, pero tendrías que ser más explícito. ¿Qué buscas, una fotografía, una carta, un documento?

Con su izquierda, el hombre rodeó el cuerpo femenino y la atrajo hacia sí. La estrechó con fuerza y la besó en los labios con profundidad mientras su diestra se hundió en su bolsillo y sacaba un micro aparato electrónico.

Levantó con sigilo el teléfono y debajo le colocó el ingenio que se adhirió por llevar una pequeña pieza de potente magnetita. Cuando hubo terminado la operación, concluyó también la caricia.

Joyce respiró hondo, agitando su opulento pecho.

—Estaba segura de que eras de los que saben besar y dominar.

—Bien, Joyce, ya te he hablado y quizá demasiado. Si averiguas algo antes que otro, avísame, sólo tendrás que buscarme en el autódromo o por ahí. Tú eres lista y gata de noche, no te costará localizarme.

CAPÍTULO V

Jo Alan abandonó la singular buhardilla, nido erótico en el que se refugiaba aquella mujer llamada Joyce y a la que la sociedad debía de temer.

Descendió los ajados peldaños hasta el octavo piso y una vez allí, tomó el ascensor para bajar a la planta, abandonando el edificio poco después.

Había dejado el automóvil aparcado no muy lejos de allí y en pocas zancadas llegó hasta él. Penetró en el coche en medio de la oscuridad que reinaba en la calle, pues ya era de madrugada.

Sin encender luz alguna, abrió la amplia guantera. Allí había un artilugio electrónico conectado a la larga antena del coche deportivo.

Pulsó una tecla y se escucharon ruidos de fondo, nada inteligible. Desconectó la tecla pulsada y estiró un magnetófono a *cassette* conectado al ingenio electrónico. Hizo retroceder la cinta y puso el magnetófono en el dispositivo reproductor, comenzando a escuchar. Se oyeron ruidos, luego las voces de él mismo y de Joyce después del beso y en la despedida. Nuevo ruido de pasos y, al fin, lo que estaba esperando.

Joyce marcó un número telefónico, el ruido era claro. La mujer estaba algo nerviosa pero se aseguraba al marcar letras y guarismos. Después, se oyó una voz de hombre, algo chillona, y música de guitarra como fondo:

—¿Quién es?

—Soy Joyce. Di a Pies Planos que se ponga.

—Un momento.

La cinta siguió girando; se escuchaba hasta la respiración de Joyce frente al micro del teléfono.

—¿Joyce?

—Oye, Pies Planos, tengo que verte.

—Cuando quieras, Joyce, ya sabes que eres mi tipo —repuso el hombre al otro lado del hilo.

—Es por el caso Landon y yo sé que tú estás metido hasta el cuello.

—Calla, baja la voz, es peligroso.

—Te espero en mi casa.

—No, esta noche no puede ser, hay mucha policía y a todos los tipos como yo los acosan a preguntas. Mañana ve a la playa de Roca Grande y allí nos veremos. Esta noche no pienso moverme de donde estoy.

—Correcto, hasta mañana, pero no faltes salvo que quieras que la policía reciba una llamada anónima.

—Joyce, si haces tal cosa, te arrepentirás.

—No me interesa hacerlo, estúpido, hay mucho dinero a ganar.

—¿Dinero, cómo?

—Mañana lo sabrás —replicó Joyce, ahora segura de sí misma tras captar el nerviosismo de aquel sujeto apodado Pies Planos.

En aquel instante, Jo Alan notó un ligero aliento en su nuca. Acababa de comprender que no estaba solo en el automóvil.

Alzó ligeramente las pupilas para mirar por el retrovisor, pero la luz era tan escasa que apenas descubrió el bulto de una cabeza.

Sin dudarlo y de forma que sorprendiera al intruso, disparó su puño derecho hacia arriba y hacia atrás.

Se escuchó un chasquido seco y luego el ruido de un cuerpo desplomándose sobre el lujoso tapizado del auto.

Encendió la luz interior y se levantó para mirar por encima de su asiento. No pudo por menos que exclamar:

—¡Diablos, si es Sony!

La joven y rubia periodista estaba derrumbada e inconsciente. La tomó por los brazos y la subió al asiento. Le tocó la cara y suspiró aliviado.

—Parece que no se la he roto, hubiera sido una pena.

La abofeteó ligeramente y la chica no despertó. Dándole la espalda, puso en marcha el automóvil deportivo.

—La llevaré al *cottage*, a ver si allí se repone, pero, ¿cómo demonios se habrá metido en mi coche? Dichosas mujeres...

El auto se alejó, roncando su motor de doce cilindros.

Casi una hora más tarde, Sony despertaba en un mullido sofá dentro del pequeño y acogedor *cottage*, casi suspendido sobre un acantilado en el que batían las olas oceánicas con un perpetuo rumor de fondo.

Tenía una escalera de hormigón, aprovechando las hendiduras del

propio acantilado, que conducía a una pequeña caleta, inaccesible para quien no descendiera desde el propio *cottage* o viniera por mar.

Sony se incorporó en el sofá, doliéndose de las mandíbulas ostentosamente.

Escuchó el rumor de una voz, se volvió y vio abierta la puerta de una habitación. Jo Alan estaba allí, sentado en la cama y hablando por teléfono.

—¡Ooooh! —se quejó.

Se puso en pie entre asustada y dolorida, mirando alrededor. La luz era escasa e indirecta, todo era amable allí. Había varios trofeos ganados en el automovilismo por Jo Alan y grandes fotografías cuyas pegadas en las paredes.

El piloto de carreras colgó el teléfono al descubrir a Sony en pie y salió de la alcoba acercándose a ella. Con las manos en jarras y un aire entre jocoso y preocupado, inquirió:

—¿Te encuentras bien?

—¡Oh, tú eres quien me ha dado el puñetazo, canalla!

Con gesto defensivo, Jo Alan alzó su antebrazo para detener el golpe y Sony no le llegó a la cara. Su muñeca se estrelló contra la del hombre y acusó de nuevo el dolor.

—Me temo que ésta no es tu noche, Sony.

—¡Bárbaro, vas a detrozarme!

—¿Yo? Si eres tú quien quería pegarme ahora.

—¿Y el puñetazo en la mandíbula?

El hombre estiró su mano hacia la cintura femenina. Sorprendiéndola, la sujetó y pese a su pataleo, la besó en los labios. La resistencia de Sony duró poco, muy poco; no tardó en participar generosamente en la caricia.

—Bien, ya somos amigos, ¿no?

—Sigo pensando que eres un bárbaro —ronroneó ella, estrechada por los fuertes brazos del hombre.

—¿Qué hacías en mi coche?

—Espiarle —continuó ronroneante, con los ojos entreabiertos, mientras observaba el rostro varonil en el que destacaba el fuerte mentón, la dentadura poderosa y los ojos verdes, profundos e impenetrables.

—No te muerdes la lengua.

—¿Para qué? Tú ya lo habrás supuesto.

—¿Por qué me espiabas?

—El caso Landon es muy interesante. En estos momentos, es la primera noticia del país y hasta me atrevería a decir que del mundo. Los secuestradores aéreos están un poco sobaditos ya y, ahora, la repetición de un crimen a lo Manson es muy noticiable.

—¿Y qué sabes tú del caso Landon?

—Por ahora, que hay un enjambre de periodistas detrás de los

G-men

tratando de que éstos digan algo que en la redacción de los periódicos consideran interesante y justifique el sueldo de los maltratados reporteros.

—Y tú no sigues el mismo camino que los demás, claro.

—¿Para qué? Allí sería una más y tras de ti soy la única.

—Pero, ¿por qué tras de mí?

—Tú también te has metido en el caso Landon. No sé qué buscas ni qué pretendes, pero te estás moviendo en ese caso. ¿Buscas a los asesinos?

—¿Te interesa saberlo?

Ella se desprendió de él con coquetería y se dejó caer en el sofá, dejando bien visibles sus torneadas piernas de piel dorada por el sol.

—De momento, ya sería muy noticiable publicar que Jo Alan, el arriesgado y temerario piloto de pruebas, el ganador de carreras automovilísticas, sigue la pista de los asesinos de la familia Landon.

—Pero, ¿cómo diablos sabías que yo andaba metido en el caso Landon?

—Tengo un aparatito electrónico comprado en

Hong-Kong,

es un espía a distancia y con él pude escuchar tu conversación telefónica en el autódromo. Si consiguiera un buen reportaje sobre el caso Landon, se podrían insertar un par o tres de fotografías en color y sería un auténtico éxito.

—¿Crees que en tu periódico te darían hasta un extra?

—Posiblemente.

—¿Y si yo desmintiera...?

—Sería inútil, la policía se te echaría encima. A mí me interrogarían, yo diría lo que sé y a ti te preguntarían por qué estás

siguiendo este caso. ¿Sabrías qué responder?

—Vamos, Sony, ¿crees que vas a asustarme?

—No, pero vas a decirme lo que pretendes al meter las narices en el caso de la familia Landon.

—¿Tratas de chantajearme? —preguntó con sorna.

—Eso estaría muy feo de mi parte, pero quiero saber, no puedo evitarlo, es mi profesión.

—El periodismo es una profesión innata en las mujeres.

Se miraron desafiantes.

Jo Alan se acercó a la mesita de centro y tomó un cigarrillo del *automatic-box*. Le prendió fuego y después habló:

—Quiero recuperar algo que me pertenece y si tú haces que se publique algo sobre mí y la familia Landon, acabarás sintiendo remordimientos.

—¿Remordimientos? Un periodista jamás los siente si dice la verdad.

—¿Tampoco cuando destruye a alguien que no puede defenderse?

—¿Quieres decir que los Landon resultarían perjudicados?

—Puede que sí.

—Supongo que cuando tengas tu noche de bodas no irás preguntando: «¿Por qué, por qué?».

—Hum... Por cierto, esto parece un nido de amor. Mi reputación...

—Tu reputación está intacta —hizo una pausa, añadiendo—: Por ahora.

Ella se puso en pie y caminó de un lado a otro del saloncito.

—¿Estuvo aquí la señora Landon en alguna ocasión? Responde.

—El fiscal del distrito me haría menos preguntas, encanto. Ahora, tengo prisa, debo marcharme.

—¿A investigar lo que le has espiado con tu magnetófono a esa Joyce?

—Podría ser. ¿Te vienes conmigo?

—No me digas que ya sabes adónde tienes que ir.

—Naturalmente.

—Pero, la cita es en Roca Grande y mañana.

—En el magnetófono he grabado perfectamente el discar de Joyce en el teléfono y por el ruido he deducido los números y letras. Ha sido un poco laborioso, pero luego sólo he tenido que confirmar.

—¿Por eso hablabas ahora por teléfono?

—Sí.

—¿Con quién?

—¿Te vienes?

—Sí, cómo no. No pensarías que iba a pasar toda la noche en este *cottage*.

—Claro que no y menos después de la fama que tú crees que yo tengo con las mujeres.

—¿Y no es cierta?

—¿Tú qué piensas?

—Me gustaría arañarte. Luego, te haría una foto y la publicaría en la primera página de mi periódico. Sería un éxito rotundo.

—Seguramente. A las mujeres les gustan los hombres que han sido arañados por otras mujeres. Posiblemente pensarán que los arañazos tienen un motivo justificado y ahí radicaría su interés.

—¡Engreído!

—Afuera tengo el coche. De no desear que te recuperaras pronto del puñetazo, no habría perdido tanto tiempo.

Con el mentón alto y gesto ofendido, Sony salió del *cottage*.

En el exterior, el aire estaba cargado de sabor a mar. Se escuchaba el rumor de las olas, ahora más intenso, y el *cottage* tenía el aspecto del nido de una gaviota, a juzgar por su emplazamiento.

Con el «Lancia-Fulvia» que Jo Alan solía utilizar en la ciudad, regresaron a Los Angeles. Por el camino no intercambiaron una sola palabra.

Sony estaba tensa; se daba cuenta de que no era fácil sonsacar a Jo Alan. Siempre terminaba respondiendo algo chusco o provocativo.

De pronto, ante ellos apareció el faro rojo de un semáforo. Jo Alan se detuvo junto al bordillo de la acera y con gesto excitado, apremió:

—¡Corre, baja, es ahí, ahí!

Sorprendida y un tanto aturdida, Sony se apeó del auto en el instante en que Jo Alan pisaba el acelerador.

Cruzó el paso en rojo, tras comprobar que no venía nadie más en dirección contraria.

—¡Eh, canalla! —chilló la joven al verse burlada en medio de la calle mientras el hombre se alejaba.

La fuerza del viento cerró la portezuela que la propia Sony no había tenido tiempo de cerrar.

CAPÍTULO VI

Jo Alan se hallaba ante un local en el que habían rótulos en varios idiomas, todos ellos hablando de la paz y de la libertad. El lugar era sucio y oscuro. De vez en cuando, entraba o salía alguien con aspecto abúlico.

No era difícil deducir que aquellos seres carecían de trabajo y vivían como mejor les venía en gana, pero el dinero no abundaba y eso se notaba en todo. Paredes desconchadas, en la puerta faltaba un cristal y el otro estaba rajado.

Había averiguado que el teléfono marcado por Joyce pertenecía a aquella comuna de *hippys* o *pseudohippys* ubicada al sur del área urbana de Los Angeles, una comuna en la que predominaban los individuos filipinos y mexicanos. También había caucásicos, algunos orientales y algún que otro negro.

Sabía que introducirse en aquella maloliente comuna con las ropas que llevaba habría sido como si en un gallinero irrumpiera el lobo; todo se alborotaría.

Se había adelantado a Joyce y debía seguir su plan antes de que aquella extraña y turbia mujer le espantara la presa.

Vio salir a un tipo con una guitarra en bandolera y los hombros hundidos. Sus manos profundizaban hasta lo más hondo de los bolsillos de sus pantalones.

Jo Alan salió a su encuentro. Aquel sujeto trató de sortearlo, pero Jo Alan le puso delante de los ojos un billete de diez dólares y aquel tipo sonrió bajo su espeso bigote.

—¿Qué es lo que quiere, amigo? ¿Acaso es un vicioso de algo? Yo no vendo drogas, pero ahí dentro quizá haya alguien que se las venda salvo que sea de la «bofia».

—No soy policía, sólo quiero saber si ese antro tiene otra salida.

—¿Por qué?

—La hija de un amigo mío se ha metido ahí y, bueno, no hace falta explicar más.

—Ah, es un detective particular que pretende salvar a la hija de un cliente. ¿Y cree que la va a salvar sacándola de ahí?

—Eso es cuenta mía —replicó Jo Alan que le había explicado el cuento para no decir lo que realmente le interesaba.

—Está bien. —Tomó los diez dólares de un zarpazo y los metió en el agujero de la guitarra tras inclinar ésta hacia delante—. Hay una salida en el callejón de la derecha, junto a la puerta que dice «lápidas».

—¿Es la única salida?

—Aparte de esa que ve ahí delante, sí. ¿Satisfecho?

—Sí, es suficiente.

—Que tenga suerte, pero luego, al salvarla de ahí, no se la lleve a la cama como victorioso salvador; sería demasiado sucio. —Y se alejó riendo.

Jo Alan se acercó a la puerta de la maloliente comuna. Se escuchaba el rasgueo de una guitarra y unas voces que canturreaban casi somnolientas.

—¿Qué busca aquí? —le preguntó un sujeto de color, tan alto como él pero con unas cuantas libras más de peso.

—No tengo ganas de estropearme la nariz metiéndola ahí. Dile a Pies Planos que le espero aquí afuera.

—¿Pies Planos? Oiga, no sé de qué habla.

—Dígale que es un amigo suyo de la estación de policía. Si entro será peor para él.

—Está bien, ya se lo digo —gruñó el hombre de color.

Apenas hubo desaparecido el miembro de aquella comuna, Jo Alan se alejó de la entrada, internándose en el callejón.

Encontró el almacén de lápidas que tenía unas endeble puertas de madera. Su propietario no debía de temer que le robasen la mercancía a juzgar por la escasa protección que había puesto a su negocio.

Aguardó pegado a la entrada del almacén. La puerta que había junto a él era muy angosta y oscura. Tenía deseos de fumarse un cigarrillo, mas no lo hizo, aquél no era el momento apropiado.

No tardó en escuchar unos ligeros pasos. Al fin, la puerta se abrió y apareció un individuo flaco que miró a un lado y a otro del callejón. Jo Alan estiró su mano agarrándolo por el largo cabello y lo arrancó materialmente de la puerta. Aquel sujeto chilló como un puerco, pero Jo Alan no lo soltó.

—Tú eres Pies Planos, ¿verdad?

—¡Suélteme, hijo de perra! —chilló de nuevo.

—No hará falta que te haga caminar para saber si tienes los pies planos, ¿verdad?

El sujeto sacó una navaja. Accionó el resorte automático y una afilada hoja quedó al descubierto.

Jo Alan estuvo a punto de encontrarse con el acero hurgando entre sus costillas, pero golpeó con dureza la muñeca armada y la navaja saltó al suelo.

—Estúpido, será mejor que te des un poco de calmante para que vayas entrando en razón.

Tiró de nuevo de su cabello, se lo puso delante y le propinó un «uno-dos»

seguido al mentón en gancho corto. Pies Planos se tambaleó antes de rebotar contra la puerta del almacén de lápidas que se abrió de par en par.

El sexto sentido de Jo Alan le advirtió inmediatamente de que la situación se había puesto fea. No estaba solo. Tres melenudos de distintas razas le salieron por la espalda. Al parecer, habían querido asegurarse de que su compañero de comuna se alejaba bien por el callejón. Uno de aquellos tipos era el negro con el que hablara con anterioridad.

—Conque pasándose de listo, ¿eh, amigo? —preguntó éste con sorna.

—¿Es de la «bofia»? —inquirió otro, más alto y delgado.

Estaba cercado en el almacén de lápidas. Pies Planos continuaba inconsciente en el suelo sobre el polvo de mármol. Jo Alan pegaba duro, Sony podía constatarlo personalmente.

La lucha iba a ser feroz y sorda. Jo Alan sabía que si aquellos tipos se salían con la suya lo golpearían hasta dejarlo hecho un pingajo y luego lo dejarían tirado en cualquier callejón lejos de allí por haber pretendido turbar la paz de la comuna y atentar contra uno de sus miembros.

El negro fue el primero en atacar. Jo Alan le sacudió una patada que le alcanzó en la rodilla y lo hizo trastabillar.

Al de la derecha, que se le abalanzó, lo volteó por encima de su cabeza, lanzándolo contra el negro que terminó por derrumbarse.

Con tres zancadas hubiera podido saltar por encima de los caídos y burlar al tercero para escapar, pero no había llegado hasta allí para

huir. No, no era aquél su plan.

El de la izquierda, un filipino bajo de estatura pero muy fornido, le atacó al estilo oriental, sin emplear los puños.

Aquel tipo conocía bien las luchas del Este de Asia, posiblemente aprendidas en la propia Los Angeles.

Esquivar y sortear al filipino le hizo perder unos segundos que resultaron preciosos, porque los otros dos se repusieron y se encontró en inferioridad numérica.

Tomó un pedazo de mármol y lo lanzó con fuerza contra el estómago del negro que encajó el golpe inciinándose hacia delante. Un gancho largo que le alcanzó en pleno rostro lo tumbó definitivamente.

Otro de los atacantes había tomado una lápida entre sus manos, dispuesto a partirle el cráneo a Jo Alan, sorprendiéndole por la espalda, pero éste brincó de costado y con el impulso y el peso de la lápida, su adversario se vino al suelo.

Jo Alan le propinó una patada al mentón que lo cazó limpiamente y el tercer *hippy*, al ver eliminados a sus compinches, optó por salir corriendo.

Antes de que aparecieran con más refuerzos, Jo Alan tomó el cuerpo de Pies Planos que seguía inconsciente y se lo cargó sobre los hombros.

Salió de aquel almacén de lápidas de escaso o nulo valor artístico y se alejó corriendo por el callejón.

Cuando llegó a su coche, vio salir a varios melenudos más. Pensó que aquellos tipos estaban muy lejos de seguir los verdaderos principios de la doctrina *hippy* y que tras el movimiento ocultaban su catadura moral, su espíritu de vagos y maleantes.

Corrieron hacia él, pero Jo Alan consiguió poner el «Lancia-Fulvia» en marcha y cuando ya se le echaban encima, arrancó deslumbrando a unos y haciendo saltar a otros para evitar ser arrollados.

Junto a él yacía inconsciente su presa, que no tenía la menor duda sabía y mucho acerca de lo ocurrido a la familia Landon, asesinada brutalmente en una especie de crimen ritual.

CAPÍTULO VII

Cuando Pies Planos despertó, movió su cabeza dolorida y lo primero que escuchó fue el rumor del mar que le era familiar.

El cielo estaba tachonado de estrellas y hacía un ligero frío que produjo un estremecimiento en su ñaco y desnutrido cuerpo.

Se sentó en la gruesa arena y, al hacerlo, se percató de que no estaba solo. Junto a él, sentado también, se hallaba Jo Alan fumando un cigarrillo, pensativo y paciente.

Pies Planos recordó de inmediato lo sucedido en el callejón y quiso incorporarse de un brinco para escapar, pero Jo Alan sólo tuvo que alargar su mano y agarrándolo por los cabellos volvió a sentarlo de un fuerte tirón que Pies Planos acusó con dolor.

—Bien, ya podemos hablar.

—¡Yo no tengo que hablar de nada, no sé quién es!

El melenudo se llevó un golpe en mitad de la boca que le reventó ligeramente los labios, haciéndole notar el sabor de su propia sangre.

—Creo que te conviene hablar, a menos que quieras pasarlo mal y luego...

—¿Luego qué? —preguntó pasándose el dorso de la mano por la boca.

—Te entregaré a la policía.

—¿A la policía?

—Sí, yo sé que tú serías una perita en dulce en manos de la policía. Ya me imagino los titulares de la Prensa de mañana: «Pies Planos detenido. Melenudo que llevó a cabo el múltiple y repugnante asesinato de la familia Landon».

—¡Yo no fui!

—¿Ah, no? Vamos, Pies Planos, ¿empiezo contigo? No tienes escapatoria, claro que si hablas...

—¿Quién es usted?

—Si hubieras dejado a Joyce hablar por teléfono, te lo habría explicado.

—¿Joyce, ha sido esa maldita bruja?

—Ella me dijo que tú eras el asesino de la familia Landon.

—¡No!

Tuvo que agarrarlo para que no escapara de nuevo.

—Quieto, y no te pongas histérico como una chica, claro que si quieres que te meta la cabeza dentro del agua para que te refresques.

Jo Alan lo sujetó por el chaleco de cuero que vestía y con la otra mano lo cogió por los pantalones, alzándolo con gran facilidad. Se disponía a echarlo de cabeza al agua, pero Pies Planos manoteó y suplicó:

—¡No, no, se lo diré!

Tras manejarlo como si se tratara de un muñeco, lo soltó.

El tipejo cayó de boca contra la arena y poco después, se volvió. El cielo comenzaba a ser menos oscuro, llegaba la amanecida.

—¡Yo no sé nada, no me acuerdo de nada!

—¿Quieres decir que ibas drogado, acaso empezasteis una fiesta de aquelarre para tratar de emular a Manson?

—Yo no sé nada. Todo fue horrible, horrible...

De pronto, sufrió un ataque nervioso, como de epilepsia. Sus nervios debían estar destrozados por la anemia y las drogas, también había en él mucho de histeria.

Aquel joven desquiciado era fácil presa para alguien con voluntad fuerte y algo de magnetismo.

Observó que de su cuello colgaba una cuerda y de ella una pequeña bolsa de piel que lo mismo podía contener fetiches, drogas, que algo importante.

Alargó la mano y le arrebató la bolsa de un fuerte tirón. Instintivamente, Pies Planos quiso recuperar lo que era suyo, pero Jo Alan le hizo caer con un golpe de su pie con el que perdió el equilibrio. Aquello demostraba que su ataque pseudoepiléptico era más cuento que nada.

—Hum, veamos qué llevas ahí dentro.

—¡Es mío! —protestó.

Jo Alan abrió la bolsa y puso en su mano lo que había dentro de ella y que resultaron ser pequeños pendientes, algunos de bisutería, otros de oro y algunos con una perla.

—Vaya, pareces una urraca. ¿De dónde has sacado estos pendientes?

—¡Son míos!

—¿Recuerdos de noches de amor?

—¡No le importa!

—Es curioso, porque sólo tienes un pendiente de cada tipo, ninguno aparejado. Extraña manía la tuya, Pies Planos.

—¡Déjeme!

—¿Que te deje, en manos de la policía, quieres decir?

—Pero, ¿usted quién es, por qué me acosa?

—Eso es cuenta mía, Pies Planos. Me gustaría saber cómo descubrió Joyce que tú eres uno de los repugnantes asesinos de la familia Landon.

—Es una bruja, una zorra. Tiene pacto con Satanás...

—Yo no creo que tenga pacto con Satanás, simplemente que es más lista que tú. Algún día le preguntaré cómo te descubrió.

—Yo no he admitido que tomé parte en la matanza.

—Vamos, Pies Planos, no empieces otra vez a ponerte histérico. Te doy cinco segundos para que te expliques, luego será tarde. ¿O es que quieres morir?

—Yo no sabía lo que hacía, estaba de «viaje», lo recuerdo vagamente. Creía que era una pesadilla, pero al leer los periódicos, yo mismo me he asustado.

—Bueno, ya empiezas a hablar.

—¡Le juro que yo jamás habría hecho una cosa semejante!

—Muchos dicen eso, pero cuando toman drogas cometen barbaridades.

Jo Alan quedó un instante en silencio. Pensó que aquel sujeto era tan débil física como mentalmente y que, apoyado por los nocivos alucinógenos, cualquier desaprensivo con magnetismo podía hipnotizarle.

—Le juro que sentí náuseas en lo que yo creía una pesadilla. Aquel hombre, aquella mujer, aquellas criaturas, todos torturados, asesinados... Había sangre, mucha sangre, todo rojo, y los cuchillos se clavaban una y otra vez mientras alguien cantaba.

—¿Qué cantaba?

—Matad, matad, matad y purificad... No me acuerdo de más.

—Vamos, escupe de una vez. ¿Quién es el jefe?

—Earthman.

—¿Earthman, estás seguro?

—Sí, tiene que ser él, lo recuerdo en la pesadilla. Era él quien cantaba.

—¿Y quién es Earthman?

—Si lo denuncio a la policía, me matará, sé que me matará.

—Tú no lo has denunciado a la policía, sólo estás hablando conmigo y Joyce sabe que a mí no me interesa que la policía se inmiscuya en mis asuntos.

—¿Qué es lo que busca?

—Eso se lo diré a Earthman y no a una marioneta como tú, andando.

—Está bien, está bien. Earthman vive en una pequeña y solitaria isla a unas veinte millas al sur del área urbana.

—Supongo que habrá algún modo de ir a esa isla.

—Sí, sí lo hay.

—Pues vayamos ahora mismo.

—Está bien, pero a Earthman no le gustan los intrusos. Aunque parece pacífico, a veces resulta muy violento.

—Después de lo que le sucedió a la familia Landon, me lo creo.

Pies Planos, con su caminar ligeramente cómico y dominado por la fuerte personalidad de Jo Alan, se dejó llevar hasta el «Lancia-Fulvia». Amaneciendo ya, rodaron hacia la carretera de la frontera.

Pies Planos permaneció en silencio. El propio Jo Alan creía que no tenía muchas preguntas que hacerle. Pies Planos sólo había sido una marioneta en la *massacre*.

—Por aquel camino de la derecha —señaló el *hippy*.

Jo Alan se salió de la carretera, introduciéndose por un camino abrupto y descendente. Detuvo el coche entre un grupo de rocas, quedando bastante oculto.

—Allí está la isla —indicó Pies Planos.

—Una isla pequeña y sin vegetación.

—Earthman es un tipo muy especial. Estuvo en Nepal y el Tíbet mucho tiempo.

—Ya, uno de esos falsos santones. Andando.

—En aquella caseta encontraremos la lancha.

Pies Planos halló la llave en un resquicio que había entre la viga del dintel y el tejado de fibrocemento. Introdujo la llave en la cerradura y franqueó la puerta.

Allí había algunas cajas, bidones y una lancha neumática con motor

fuera borda.

—Ayúdame a llevarla hasta el agua.

Entre los dos llevaron la lancha neumática hasta el mar. Era ya de día, aunque sólo se escuchaba el rumor del oleaje y algunos coches que pasaban raudos por la carretera a su espalda.

El motor de la lancha roncó estentóreo y con los dos a bordo, navegó en dirección a la pequeña y en apariencia solitaria isla.

—A Earthman no le va a gustar que le haya traído —se lamentó Pies Planos como niño que espera una reprimenda.

—Sólo quiero hacer un trato con él —dijo Jo Alan cuando sentía deseos de golpear al tipo que había dirigido aquella salvajada contra la familia Landon utilizando a tipejos como Pies Planos que se ensuciaban las manos de sangre por él.

Cuando se hallaban a mitad del recorrido, escucharon la detonación de un rifle. Pies Planos palideció primero y chilló después:

—¡Earthman, Earthman, no dispaes, soy yo, Pies Planos!

Se había puesto en pie y manoteaba.

Jo Alan comprendió que se hallaba en dificultades. El bote neumático había sido perforado limpiamente.

La bala había penetrado por un costado del bote y salido por debajo, lo que hizo que perdiera aire con suma rapidez, produciendo el ruido clásico del reventón.

Al perder aire la lancha, Pies Planos perdió el equilibrio y cayó al agua espectacularmente, salpicando al propio Jo Alan.

De nuevo tronó el rifle y el piloto de pruebas pudo ver cómo el desgraciado Pies Planos recibía un impacto en mitad de la cara. El rifle debía de ser un «Magnum» a juzgar por el destrozo causado.

No deseando que una tercera bala le tocara a él, se lanzó al mar sumergiéndose rápidamente. Mientras descendía hacia las profundidades, notó que una bala le pasaba cerca. No muy lejos se hundía la lancha perforada.

Cuando llegó al fondo, se quitó los zapatos y nadó hacia un grupo rocoso. Tuvo que salir a buscar oxígeno para sus pulmones cuando éstos semejabán ir a estallarle.

Al asomarse a flor de agua, descubrió una lancha de madera también con motor que se dirigía hacia la playa.

En ella iban tres melenudos con túnicas y ostentosos collares, pero entre los tres destacaba uno al que sólo se le veían ojos y nariz en el

rostro. Su cabello era negro, muy abundante, lo mismo en la cabeza que en la barba y el bigote.

Aquel tipo, cuya raza era difícil de definir, pues posiblemente era el resultado de varios cruces, portaba el rifle asesino en la mano y escrutaba con ansiedad alrededor, buscando a quien consideraba su presa.

Jo Alan se sumergió antes de que lo descubrieran de nuevo y nadó hacia las rocas, esperando que por el camino no le saliera ningún tiburón.

CAPÍTULO VIII

Se sentía cansado por la movida noche y madrugada que había pasado. No obstante, se ajustó el casco y se introdujo en el «Porsche 911-S» al tiempo que decía a su mecánico:

—Espero que todo esté bien ahora.

El motor del automóvil roncó con fuerza y las ruedas empezaron a girar. Jo Alan se introdujo en pista y comenzó a devorar el asfalto. Sabía que debía llevar a cabo su misión de contraespionaje pero sin que nadie advirtiera en él más que a un piloto de pruebas.

Por otra parte, la investigación acerca del brutal asesinato de la familia Landon era llevado a cabo por la policía y no por el departamento federal de contraespionaje. Su misión era sólo descubrir si el crimen tenía algo que ver con la labor secreta que realizaba el ingeniero Landon.

Probó en unas cuantas vueltas. Lo hizo sin ganas y regresó a *boxes*. Su mecánico le preguntó con inquietud:

—¿No funciona correctamente?

Jo Alan le dio una palmada en el hombro.

—Sí, ya no tiene fugas, lo has hecho muy bien, Bob, pero es que no he dormido bien esta noche, debí tener una mala cena. Para poner este monstruo mecánico a tope hay que tener los reflejos muy despiertos y yo no los tengo esta mañana.

Al decir esto, vio a Joyce no muy lejos, sonriéndole.

Joyce llamaba la atención. Su cabellera negra y suelta tenía un gran atractivo y hacía olvidar la madurez del rostro, pero había algo más y era el vestido sin mangas, con tirantes y ultra *mini-shorts* que en total parecía un traje de baño de los años cincuenta. Por si faltara poco, era de un amarillo rabioso, casi fosforescente.

Muchas de las miradas de la gente que había en el autódromo se clavaron en la mujer y en su piel, artificialmente dorada en su fantástica buhardilla.

Jo Alan se quitó el casco y anduvo hacia ella. Joyce le sonreía, acomodada en uno de los asientos. Bob, el mecánico, se percató de la dirección que tomaba Jo Alan y comentó por lo bajo:

—Una mala cena, sí, sí... Ya me gustaría a mí haber tenido ese dolor de tripas entre las manos.

—Buenos días, *sir* Lancelot del caballo de las cuatro ruedas.

Se sentó al lado de la provocativa y turbia mujer que ahora ocultaba su mirada tras unas oscuras y grandes gafas de sol.

—Si me has buscado, es que algo tienes que decirme.

—Me has puesto las cosas difíciles, Jo Alan.

—¿Yo?

—Sí, tenía que entrevistarme con Pies Planos pero ya no ha podido ser.

—¿Pies Planos, de quién hablas?

—No te hagas el listo conmigo, no sé cómo lo averiguaste pero te me adelantaste y por eso han eliminado a Pies Planos.

—Sí quieres saber algo de mí, dime cómo supiste que Pies Planos tenía que ver con el asesinato de los Landon.

—Por el periódico.

—No me digas que lo publicaron —preguntó el hombre con sorna.

—Pies Planos tenía un vicio singular y que yo conocía.

—¿No será el de coleccionar pendientes?

—Eres muy listo, Jo Alan, deberé tener mucho cuidado contigo.

—De modo que la Prensa publicó que a la señora Landon le faltaba un pendiente y tú supiste que había sido Pies Planos.

—Correcto. Serías buen policía y la pesadilla del hampa si te pusieras a las órdenes del comisionado.

—No me interesa la policía. Tengo mi propia vida y me agrada ser libre.

—¿Montado en ese bólido?

—Quizá.

—Ahora, dime cómo has averiguado tú lo de Pies Planos.

A Jo Alan no le interesaba decir la verdad, por ello sacó la bolsita de cuero que contenía los pendientes y se la tendió a Joyce.

—¡Demonios, si son los pendientes!

—Así es, los pendientes de Pies Planos. No se han hundido en el océano con su cadáver.

—Toma. —Joyce le devolvió la bolsita como si estuviera repleta de gérmenes leprosos—. Si te caza la policía con esos pendientes encima, estás listo. Uno de ellos será de la señora Landon y podrían acusarte de asesinato.

—¿Te ha dicho Earthman que vinieras a verme? —le preguntó a boca de jarro.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Sólo Earthman, sus dos compinches y yo, sabemos que Pies Planos ha muerto.

—Pues sí, me ha dicho que viniera a verte. He estado hablando con él. Cuando la propia voz de Pies Planos me confirmó que estaba metido en el ajo, empecé a indagar y no tardé en recordar que Pies Planos era un borrego de Earthman, este último es quien le proporcionaba la droga.

—¿Y te has ido a ver a Earthman?

—Sí.

—¿Cómo has dado con él? Había abandonado su isla.

—No olvides que estoy muy metida entre esos melenudos. Algunas chicas, cuando se mueren de hambre o tienen problemas, acuden a Joyce y Joyce, con una llamadita telefónica, les da un trabajito y salen del...

—Entiendo —dijo Jo Alan a aquella mujer que lo mismo se explotaba a sí misma que a las demás mujeres con su labor de proxenetismo.

—Earthman creía que tú también habías muerto.

—Pues ya ves que no.

—Le he hablado de ti y de tu generosidad.

—¿Y qué te ha contestado él?

—Que no te enojas por lo ocurrido frente a la isla, te había tomado por un polizonte.

Jo Alan sonrió.

—O sea, tengo que olvidar que ha querido cazarme como a un pato y que se ha cargado a Pies Planos frente a mis narices.

—Supongo que a ti debe de seguir interesándote lo que Earthman sacó de la casa de los Landon, ¿verdad?

Jo Alan comprendió que Joyce quería jugar con él. Trataba de chantajearle con cautela, ya que ella misma ignoraba qué era lo que tanto le interesaba recuperar.

Sólo sabía que el piloto de pruebas estaba dispuesto a pagar diez mil dólares por salirse con la suya. Era un juego de astuto a astuto, en el que vencería el que cogiera en falta a su contrario.

—Sí, sigue interesándome, pero dudo que lo tenga Earthman.

- Si fuiste con Pies Planos hacia la isla con la lancha, es que sí creías que lo tenía.
- La verdad, ese tipo es bastante peligroso. A lo peor doy otro paso en falso y esta vez no falla al dispararme.
- ¿Le tienes miedo?
- No es que le tenga miedo, pero me molestaría que alguien pusiera unas cuantas onzas de plomo entre mis omoplatos.
- Earthman no te disparará, sólo te confundió. Todavía podéis hacer negocio.
- ¿Y tú qué papel tomas en este juego?
- El de intermediaria.
- A veces, los intermediarios salen mal parados.
- Y en la mayoría de los casos, son los que más ganan.
- Si te refieres al mundo alimentario, seguro que aciertas.
- Bien, ¿estás dispuesto a hacer trato con Earthman?
- Sí, pero si no tiene lo que busco, no hay trato.
- Si no sabe lo que buscas, mal puede dártelo. Earthman se llevó muchas cosas de la casa de los Landon.
- Es posible que una de esas cosas fuera lo que yo busco.
- Será difícil averiguarlo si no dices lo que es, ¿no crees?
- Si me muestra todo lo que se llevó de la casa de los Landon, yo diré si está o no.
- ¿Temes un chantaje?
- Encanto, ¿podría ignorarlo tratando con vosotros?
- Joyce sonrió con sarcasmo.
- Está bien, se lo diré a Earthman.
- ¿Dónde está él ahora?
- No pensarás que voy a decírtelo, ¿verdad? Earthman sabe protegerse muy bien, tanto que ni yo misma sé dónde encontrarlo en este momento. Se ha puesto un poco furioso al darse cuenta de que Pies Planos había hablado y que tanto tú como yo sabemos que él es el hombre al que busca, toda la policía de la nación. Si se enterara de esto algún confidente de la policía, se organizaría de inmediato la caza de Earthman y sus compinches, mientras que ahora la policía anda desconcertada, dando palos a ciegas.
- ¿En tu bolso tienes bolígrafo y papel?
- Sí, como no.
- Pues toma nota del teléfono que voy a darte.

Joyce apuntó el número que le proporcionó Jo Alan sobre una cajetilla, de tabaco. Luego, levantó la cara y a través de las oscuras gafas, le miró.

—¿Es tu teléfono? —preguntó.

—Sí. Cuando Earthman quiera verme, que me llame y concretaremos una cita, pero que en esa cita lleve lo que a mí me interesa. Si recupero lo que busco, tendrá los diez mil dólares, ¿entendido?

—Muy bien, me pondré en comunicación con Earthman.

La mujer se adelantó en su asiento. Cogió a Jo Alan por la nuca e inclinándole la cabeza, lo besó espectacularmente. Ambos fueron objeto de las miradas de la gente que había en el autódromo, que no era mucha por ser solo día de pruebas técnicas que nada tenían que ver con próximas carreras.

Unos ojos cargados de ira los vigilaron con más atención mientras unos dientes rechinaban y los labios se apretaban con fuerza, no muy lejos de donde se hallaban.

CAPÍTULO IX

Al llegar al *parking* del autódromo en busca de su «Lancia-Fulvia», se encontró con que ya estaba ocupado.

—Hola, Sony, volvemos a vernos —saludó irónico.

—Sí, ya ves, no es tan fácil echarme de un coche.

—Eres persistente.

—Como buena periodista. Mi maestro me advirtió: «Cuando la noticia es buena, hay que seguirla adonde sea y corriendo los riesgos que haga falta».

Desde el interior, Sony abrió la portezuela del hombre y éste se sentó ante el volante.

—¿Y es un riesgo seguirme?

—Naturalmente, todavía me duele la mandíbula, pudiste partírmela —se lamentó acariciándosela con gesto significativo.

—Tu maestro tenía alma de perro de presa. ¿Cómo entras en mi coche con tanta facilidad?

—Tengo una pequeña ganzúa. Una vez hice una larga entrevista a una pandilla de jóvenes ladrones de coches.

—¿Y te enseñaron el oficio?

—Bueno, no es tan difícil.

—Si sigues por ese camino, acabarás entre rejas.

—Un periodista ha de correr todos los riesgos necesarios y debe de acosar a tipos aunque éstos le repugnen siempre que sean noticia.

Jo Alan puso la llave en el contacto y el motor roncó con fuerza. Avanzó despacio, como una gran y poderosa fiera dispuesta a saltar sobre su presa.

—¿Y yo soy el tipo que te repugna?

—Esa Joyce no está nada mal, ¿eh?

—¿Has vuelto a espiarme?

—El alma de un periodista es como la de un espía.

—Sí, sólo que lo que averigua no se lo cuenta a una persona, sino a todo el mundo.

—Para eso me pagan —repuso irónica—. ¿Adónde vamos ahora?

—Tú, no lo sé, yo voy a mi *cottage*, tengo ganas de descansar.

—¿Ha sido Joyce la culpable de la mala noche?

—¿Te interesa mucho saberlo o es para tus ávidos lectores?

Ella le vigiló de reojo; se había colocado ya en el centro de la autopista que había de conducirles a las afueras de la población.

—Os he hecho una fotografía mientras os besabais apasionadamente. ¿Crees que será interesante para mi periódico?

—Eso, pregúntalo en tu redacción.

—¿No te importa salir en la Prensa de esa forma?

—Dicen que para ser famoso deben hablar de uno, no importa que sea bien o mal.

—No sé si eres un cínico o un escéptico.

—Piensa lo que quieras.

Jo Alan pisó el acelerador a fondo y comenzó a rebasar a otros automóviles gracias a la gran potencia del «Lancia-Fulvia» y a su evidente pericia en el manejo del mismo.

Se había producido una tensión entre ellos y no hablaron más durante el trayecto.

A Jo Alan le fastidiaba la insistencia periodística de la joven, pero le atraía como mujer. Era arriesgada y tenaz, eso estaba quedando bien patente, pero en cuanto a su belleza física, no cabía discusión alguna; quizá ni ella misma se había dado cuenta de lo hermosa que era.

Llegaron al solitario *cottage* suspendido sobre los acantilados contra los cuales batían las olas.

Dejó el coche frente a la entrada y se dirigió hacia la puerta con la llave en la mano, sin preocuparse de lo que quisiera hacer Sony.

Ésta dudó unos momentos, pero también terminó por salir del coche dando un portazo. Caminó un tanto molesta hacia la pequeña y acogedora casita, penetrando en ella.

—¿Cierras la puerta? —preguntó Jo Alan dirigiéndose al pequeño bar y preparando dos *whiskys* con hielo.

Sony miró la puerta con recelo y después se decidió a cerrarla.

—No me has agradecido todavía el que no haya publicado nada sobre ti y el caso Landon.

—¿Ah, tengo que agradeceréte?

—Si lo hubiera publicado, yo me habría llevado la palma del notición y tú estarías ahora acosado a preguntas por la policía.

—Posiblemente. Los periodistas tenéis la habilidad de meter en líos

a quien no os ha hecho nada malo.

Sony deseó responder pero se contuvo, quizá pensando que Jo Alan podría tomarlo en otro sentido respecto a lo que ella sentía por los encuentros del piloto de pruebas con Joyce.

—Que yo sepa, no te he metido en ningún lío.

—Pero estás rabiando por meterme en uno y gordo. Si no has entregado el material que has recogido es porque consideras que aún resulta pobre y que muchos lo calificarían de rumor sin fundamento porque, como es lógico, yo desmentiría todo lo que tú dijeras.

—Lo imagino, pero a mí no puedes engañarme.

Sony tomó el vaso de *whisky* en su mano y quedó muy cerca del hombre tras dejar caer su bolso en la mesita de centro, frente al sofá.

—¿Es que ya sabes más?

—Sé que buscas algo importante y que ese Earthman es el hombre más importante en el asunto. Con lo que he oído, podría echarte a toda la policía encima.

Jo Alan se apartó de ella. Fue hasta el bolso femenino y lo abrió resuelto.

—Eh, ¿qué haces?

Antes de que pudiera evitarlo, Jo Alan tomó un pequeño aparato electrónico «made in

Hong-Kong».

Sin darle tiempo a Sony, lo estrelló contra la pared, aplastándolo.

—¿Qué has hecho? ¡Me costó quinientos dólares!

—Si es por eso, no te preocupes, yo te daré el dinero, pero ya estoy harto de que me escuches a distancia con ése espía electrónico. ¿Sabes que podría llevarte a pleito por eso?

—¡Hazlo si te atreves! —replicó desafiante mientras sus ojos llameaban de rabia.

—Eres soberbia, vanidosa, intratable —comenzó a decirle mientras caminaba amenazador hacia ella.

Sony retrocedió siempre en actitud retadora, no quería demostrar flaqueza y así lo hizo hasta que se encontró empujando una puerta con su espalda.

—¡Eh! —exclamó al comprobar que ella misma, sin darse cuenta y al caminar de espaldas, se introducía en el dormitorio donde

aparecía la cama, ocupándolo en gran parte, ya que la estancia no era muy amplia.

El piloto de pruebas estiró su mano agarrándola por la cintura y estrechándola contra sí. Pese a que Sony rehuyó sus labios, consiguió atraparlos y besarlos largamente, con profundidad.

—¡Canalla! —acusó sin fuerzas, jadeante y falta de respiración, sin que Jo Alan la soltara.

—Si es lo que estabas deseando.

—¡Cínico, debería arañarte la cara!

Sony se movió cuanto pudo, pero le resultó imposible levantar las manos.

—¡Suéltame los brazos!

—Eres como una linda paloma cazada por un halcón.

—Asesino, ¿qué tenías que ver tú con la señora Landon? ¿Es que le hacías el amor como a Joyce?

—Aun estando en dificultades, sigues haciendo preguntas como un comisario. Estoy seguro de que si no hubieras temido que la policía terminara averiguando que utilizabas el espía electrónico para fisgar en las vidas ajenas, lo que te hubiera costado un disgusto, ya les habrías contado toda la conversación que has oído entre Joyce y yo.

—Podía haber hecho una llamada anónima por teléfono. Ahora ya sé que el asesino es ese Earthman.

—Sí, pero posiblemente no hay pruebas para arrestarlo y, por otra parte, tienes metido demasiado hondo el gusanillo de la profesión y rabias por ser la primera en dar la noticia. Toda una exclusiva para ti solita. La valiente y arriesgada periodista que siguiendo la pista del famoso Jo Alan, el temerario piloto de pruebas, consiguió descubrir al asesino Earthman, lo fotografió en exclusiva y luego llamó a la policía para que lo detuvieran. Todo un éxito que daría la vuelta al mundo. Después, los mejores periódicos del país te reclamarían pagándote el mejor precio por tus servicios.

—¿Y qué, no es lícito desear todo eso?

—Sí, pero nunca a costa de los demás, encanto.

—¿Los demás? —Se rió en la cara de Jo Alan—. No me digas que la indefensa paloma que estrujas entre tus brazos podría dañar al halcón.

—Se puede hacer daño de muchas maneras. Con unas palabras, una

mirada o unas uñas como las tuyas. Ahora, francamente, no me gustaría ir por ahí con la cara arañada.

—¿Temes que esa escandalosa y provocativa Joyce se molestara pensando que no había sido ella quien te arañó?

—Lo que ocurre es que estás celosa.

—¿Celosa yo? Eso es un insulto que ni tú mismo te crees.

Súbitamente, Jo Alan la empujó hacia la cama, haciéndola caer sobre ella.

—¿Qué haces?

—Tienes una oportunidad de defenderte. Ya lo has dicho tú antes: soy un halcón asesino y tú eres la paloma. Hoy no tenía los mejores reflejos para batir récords en el circuito, pero sí estoy a punto para la caza de la altiva paloma.

—¡No, no te acerques!

Jo Alan se acercó. Sony quiso escapar por el lado opuesto del lecho, pero él lo rodeó y la atrapó. Sony gritó y pataleó. Jo Alan la estrechó y no cejó hasta hallar sus labios. Comenzó a besarlos mientras la resistencia femenina disminuía.

CAPÍTULO X

El furgón se hallaba estacionado junto a la carretera de Tijuana, sin salir del área urbana de Los Angeles, cerca de una cabina de teléfonos.

El vehículo estaba oxidado en muchas de sus partes y su matrícula era vieja; resultaba fácil adivinar que lo habían sacado de un cementerio de coches y no de un almacén de compra-venta de vehículos usados.

Dentro del furgón hacía calor, pero un ventilador conectado a la batería hacía circular el aire de forma suficiente para poderlo soportar.

Joyce acababa de entrar en el furgón, casi un camión por sus dimensiones, aunque era muy posible que no consiguiera arrastrar más allá de las dos toneladas de peso.

La mujer observaba al hombre sentado en una vieja poltrona recogida en quién sabe qué basurero, pero que allí dentro cumplía la misión de brindar comodidad al extraño Earthman.

Earthman tenía los cabellos muy abundantes y negros. Su barba y la larga melena se unían, dejando solo visibles los ojos de trazos orientales y una nariz tan aguileña que semejaba judía, pero su mandíbula era sajona y su estatura también.

Aquel *pseudohippy*, Hombre de la Tierra como se hacía llamar, tenía en su sangre la mezcla de varias razas, de varios continentes, y era muy posible que ni él mismo supiera dónde había nacido.

Cuando sonreía, mostraba ligeramente sus colmillos y para andar por la vida, no se podía dejar que lo hubieran dejado sin ellos y además, afilados.

Earthman tenía algo de fiera y un magnetismo de hechicero oriental. Se preocupaba muy poco de su vestimenta y de su aseo, pero llamaba la atención de quienes le rodeaban. Se hacía obedecer, evidentemente era un líder nato y ello resultaba muy peligroso debido a lo retorcido de su mente.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué te ha dicho tu amigo, el piloto de coches?

—No parecía muy dispuesto a pagar —casi gruñó Joyce.

—¿No decías que iba a pagar diez mil dólares?

—Eh, recuerda que serán mitad para ti y mitad para mí, yo también estoy arriesgando mucho en esto y me parece imbécil de mi parte. Si te detienen a ti, pueden llegar a acusarme de cómplice tuya. Earthman se rió de Joyce y los dos hombres que se hallaban en el furgón, con indumentarias tan heterogéneas como sucias y chillonas, también rieron.

—La policía nunca me pondrá las manos encima, sé hacer las cosas y espero que tú también o te costará caro, Joyce. A mí no me aturdes con tu belleza, eres una vieja estúpida que pretende pasar por joven.

Los ojos de Joyce llamearon de odio pero pronto se contuvo; la intensidad de la mirada de Earthman le dio miedo. Aquella mirada era mucho más poderosa que la suya y el asesinato de la familia Landon lo avalaba como un peligroso criminal.

—Sólo quiero mi parte, cinco mil dólares no son de despreciar.

—Si por tu causa doy un tropiezo, te acordarás, Joyce. Ya sabes lo que le ha pasado a Pies Planos por hablar demasiado.

—Ese tipo no quiere nada con la policía, le teme tanto como nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Con lo que sabe, ya podría haber desplegado a toda la fuerza policial del estado y no lo ha hecho. El solo quiere recuperar lo que al parecer perdió en la casa de los Landon.

—¿Y qué es lo que perdió? Dilo de una vez.

Nerviosa bajo la intensa mirada de aquellos tres hombres, pese a que jamás se había sentido mal bajo los ojos escrutantes y sucios de quienes la habían acosado, Joyce comenzó a pensar que por sólo cinco mil dólares corría demasiado peligro.

Uno de aquellos sujetos, el más alto, se levantó y caminó hacia la puerta posterior, abriéndola ligeramente para mirar a lo lejos mientras les daba la espalda.

—No Sé lo que busca, él no ha querido decirlo. Recela de nosotros.

—Si no sabemos lo que busca, mal podremos dárselo.

—Ha de ser algo muy importante cuando está dispuesto a pagar diez mil dólares por ello.

—Sí, eso es cierto y una cantidad así nunca es despreciable. ¿Sabes

una cosa, Joyce? Tengo deseos de comprar una montaña —dijo extasiándose en sus propios pensamientos.

—¿Y para qué quieres una montaña? —preguntó la mujer, perpleja.

—En lo alto construiré mi propio monasterio y vendrá la gente más importante de la Unión. ¿Qué digo? De todo el mundo vendrán a consultarme y me darán oro, tanto oro que forraré las paredes con él. Los impresionaré a todos, sí, a todos. Sabrán cuál es el poder de Earthman. Tendré en mis manos tantos secretos que muchos temblarán sólo al pensar que podré revelarlos. Todas esas estúpidas, las mujeres de la gente importante, se arrodillarán a mis pies. Me darán lo que les pida porque son unas histéricas, las humillaré, las...

—¡Cállate, estás loco!

Con los ojos llameantes, Earthman brincó de la poltrona y extendió su mano, que resultó larga y huesuda, agarró a Joyce por la garganta, ciñéndosela.

—¡Ag, que me ahogas...!

Earthman sonrió, mostrando sus afilados dientes entre tanto vello facial que le daba un aspecto satánico.

—Podría matarte si quisiera, sólo tendría que seguir apretando...

El pecho opulento y poco oculto de la mujer se agitó en busca de aire. Sus manos se agarraron a la huesuda de Earthman, mas no consiguió zafarse de la presa que había hecho en su cuello.

—Por favor... —suplicó.

—Bien, bien, te estás poniendo roja. Si continuara apretando, te pondrías azul y reventarías, nadie te ayudaría. Sólo tendría que arrojarte por un acantilado o mis muchachos te sepultarían en cualquier terreno al margen de la carretera y habrías desaparecido para siempre. Pero no, no voy a matarte, me hace falta dinero para comprar mi montaña desde la que contemplar el mar, sobre la que poder edificar mi templo, el templo de Earthman. Levantaría una torre y, encima de ella, en un triclinio de mármol, me tendería y contemplaría las estrellas. Necesito dinero pero, además, tú podrías servirme como sacerdotisa de mi templo. Tienes carácter, eres medio bruja y no eres de las que tiemblan cuando le aplastan la cara a alguien. Dime, ¿querrás ser mi sacerdotisa?

Apenas sin respiración, Joyce movió la cabeza afirmativamente. Tenía miedo, mucho miedo.

El hombre la soltó y ella recuperó aire con fuerza.

Earthman, extasiado, siguió hablando:

—Tú eres muy lista y podrás traerme doncellas si te las pido. Tendremos un almacén de drogas para nuestras ceremonias y la policía no las descubrirá. Sacaremos sus secretos a los que vengan al templo, los convertiremos en pieles, pero al mismo tiempo se sentirán satisfechos y adorarán el nombre de Earthman.

—¡Earthman, ya viene el coche!

Aquel hombre, cruce de razas y quizá de maldades y locuras, semejó despertar de sus sueños de grandeza y sadismo. Desvió sus ojos hacia la puerta y ordenó:

—Vamos, Joyce, métete en ese baúl.

—¿Yo? ¿Por qué?

—El tipo que viene a visitarme no quiere intrusos. Si averigua que tú sabes lo de la familia Landon, puedes darte por muerta.

—¿Quién es, por qué he de temerle?

—Es un alto ejecutivo de la Mafia, querida sacerdotisa. Este asunto lo estoy tratando para ellos y ya sabes que si te ponen en la lista negra, por muchas millas que corras, por muchas fronteras que atraveses, no vas a escapar, mejor es que vayas encargando tu lápida. Además, yo no quiero líos, de modo que escóndete y si tan sólo se te oye respirar, date por muerta, porque sin abrir la tapa, te acribillarían a balazos.

—¡Earthman, están aquí ya! —apremió uno de sus acólitos.

Al abrirse el baúl, Joyce vio algunas latas, mendrugos de pan, vasos sucios, pero se introdujo en él. El propio Earthman lo cerró, sumergiéndola en la oscuridad, y ordenó a uno de sus secuaces:

—Siéntate encima.

Joyce tenía miedo. Había hablado con Earthman en otras ocasiones, pero no como ahora. El no era un asesino vulgar, sino un psicópata o un extraño ser que había pactado con Satán. Se recordó a sí misma en las misas negras; había tomado parte en ellas como burla y juego, pero Earthman era distinto.

Del lujoso automóvil que se detuvo cerca de ellos, descendieron tres hombres y un cuarto quedó al volante, vigilando desde lejos.

Al llegar al furgón, las portezuelas posteriores de éste se abrieron. Uno de los tres recién llegados se quedó ahora, fumando un cigarrillo y vigilando y los otros dos penetraron en el furgón.

De los dos sujetos que se encararon con Earthman, el uno abultaba doble que el otro, pero el pequeño y ligeramente obeso, de escaso cabello, parecía el jefe.

Su boca era grande como la de un pez, con la comisura izquierda torcida espectacularmente hacia abajo en una mal disimulada cicatriz.

—Bien venido, Benini.

—Me llamo Beny, pero es mejor que no pronuncies mi nombre, Earthman.

Aquel sujeto pequeño, de escasos pero brillantados cabellos, se impuso a Earthman. Éste sabía que Benini no era él solo, sino que era el representante del Sindicato del Crimen.

—Sí, claro, yo sé callarme cuando hace falta. ¿Has venido a pagar mis servicios?

—¿Pagar tus servicios? —Soltó una corta carcajada preñada de sarcasmo.

—Os he hecho el trabajo que me pedisteis. Toda la policía busca a los asesinos de la familia Landon y nadie piensa en la Maña, sino en tipos como yo, en tipos como Manson.

—Sí, debo admitir que hicisteis un trabajo brutal. Tu sadismo quedaría colmado con tanta salvajada, con tanto derramamiento de sangre. Eres un tipo sin tripas pero, además, estúpido.

El insulto sentó muy mal a Earthman, cuyas pupilas brillaron de forma muy especial, pero no asustó lo más mínimo a Benini, que no había llegado a ser un alto jefe del Sindicato del Crimen por producir pastelillos precisamente.

—¿Es que no estáis contentos? —barbotó—. Me pedisteis un trabajo y lo hice. Utilicé a mi gente, tal como querías fue un crimen ritual, salvaje, satánico, en el que nadie piensa que sólo se deseaba la muerte del ingeniero Landon.

—¿Sabes lo que te entregó cuando le amenazaste con asesinar a sus tres hijos?

—¿Qué?

—¡Sam!

El tipo corpulento, que peinaba su cabello con el techo del furgón, hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un carrete de *videotape* que entregó a su jefe, al que servía como un guardaespaldas.

—Ése es el carrete que me pedisteis —dijo Earthman reconociéndolo—. Lo tenía escondido y me lo entregó por miedo a que asesinara a sus tres hijos, pero no le sirvió de nada, pues fueron degollados los tres en su presencia mientras yo cantaba y cantaba.

—Sí, fue muy espectacular, pero te entregó una cinta con mapas meteorológicos que no sirven para nada. —Y arrojó el carrete al suelo.

De pronto, se escuchó un ruido. Joyce se había movido dentro del baúl y había hecho chocar las latas. Benini miró hacia el tipo sentado sobre el arca y éste sonrió mientras cruzaba las piernas, disimulando.

—¡Yo os traje lo que me pedisteis! —chilló Earthman temiendo que volara el dinero que le habían prometido por su múltiple crimen.

—¡No te pedimos este carrete, sino otro! ¿Lo entiendes? ¡Otro!

—¿Y cómo podía saberlo yo?

—Ése es tu problema, porque te quedan setenta y dos horas de tiempo para traernos el verdadero.

—¿Cómo y dónde voy a encontrarlo?

—Tú sabrás. Tú estuviste en la casa de los Landon, tú asesinaste, tú le cerraste la boca para que no volvieran a hablar jamás. Si en setenta y dos horas no has traído el carrete de *videotape* que queremos, una llamada anónima comunicará a la policía que el asesino de la familia Landon no es otro que un falso santón *hippy* apodado Earthman. No te van a dejar ni cobrar aliento antes de cazarte como a una fiera dañina. Ah, y será inútil que les vayas con el cuento de que te lo encargamos nosotros, no iban a creerte. —Le golpeó el pecho con la punta de sus dedos para agregar con aire de superioridad—: No se te ocurra dirigirte hacia la frontera de México, hay hombres del Sindicato trabajando en ella y al otro lado. Puede ser un camarero, el empleado de una gasolinera, un policía incluso... Si cualquiera de ellos te ve a menos de cincuenta millas de la frontera y mucho más si la has conseguido cruzar, despídete de este perro mundo. Ya lo sabes, setenta y dos horas —recalcó volviendo a golpearle. Después, le dio la espalda sin esperar respuesta—. Vamos, Sam.

El hombre corpulento siguió a su jefe y ambos abandonaron el furgón que se había convertido en el *habitat* de Earthman.

Cuando Benini se hubo alejado, Earthman observó con rabia el

carrete de *videotape* en el que había una franja roja en la que podía leerse: «top secret».

Joyce lo había escuchado todo desde el interior del baúl y al comprender que el peligro se había alejado, golpeó las paredes de su encierro para que la dejaran salir.

—Levántate —ordenó Earthman a su secuaz.

No tardó en aparecer la mujer, congestionada por falta de aire.

—¿No salen las cosas bien, Earthman?

—Ese hijo de perra de Landon, pese a ver que sus hijos eran degollados, me entregó un carrete falso y esos del Sindicato me han dado un ultimátum.

—Te sale el tiro por la culata —se burló Joyce, ansiosa de venganza.

—Estúpida, si no te callas... —Se contuvo y cuando parecía que iba a golpearla con su puño, la mano se abrió y acarició el negro cabello de la mujer.

—¿Qué estás pensando, Earthman? ¡Escúpelo ya!

—Tu amigo el piloto de pruebas busca algo, quiere dar diez mil dólares por algo y ese algo puede ser lo mismo que yo busco, lo mismo que me exigen a mí.

—Sí él lo busca es que no lo tiene.

—Pero nos puede dar una pista que nos sirva a nosotros para encontrarlo.

—Ese tipo no es de los que hablan.

—Hablará, te digo que hablará. El Sindicato me da cincuenta de los grandes por este trabajo y si los pierdo, con ellos pierdo la vida, de modo que tu amiguito hablará, y para ello le tenderemos una trampa.

—¿Cómo?

—Aguarda y te lo contaré. —Se rió ligeramente, saboreando un triunfo de antemano.

CAPÍTULO XI

Las olas les empujaban por la espalda haciéndoles avanzar con rapidez. Ambos bracearon con fuerza en dirección a la pequeña caleta recubierta de dorada y gruesa arena.

Jo Alan había advertido a Sony que se situara bien centrada, de lo contrario las olas la empujarían contra las rocas de los acantilados que con sus cantos hirientes la arañarían cuando menos, ya que en día de marejadilla llegarían a matarla.

Jo Alan se daba cuenta de que con el poder de sus brazos ganaría la carrera con facilidad, por ello disminuyó el ritmo y dejó que la joven llegara la primera a la arena mientras reía jadeante y sacudía su rubio cabello hacia la espalda.

Jo Alan llegó justo un par de segundos tras ella y al salir del agua la contempló una vez más, bañada por la luz del sol.

Su piel estaba tostada lo justo, sin exagerar. El bikini que vestía se lo había hecho con un juego de *foulards* del propio Jo Alan, ya que ella no tenía traje de baño en el *cottage* del piloto de carreras.

—Sony, eres muy hermosa. ¿No te lo he dicho antes?

—Quieto, quieto —pidió echándose ligeramente hacia atrás mientras reía—. Creí que eras más frío.

—Será que he encontrado la fuente de calor que necesitaba.

—Embustero. Tú eres de los que no se detienen en una sola flor.

—Si quieres, lo probamos.

La sujetó por la cintura y la estrechó besándola en los labios ahora salobres. Ambos jugaron en la húmeda caricia, ya que los dos chorreaban de agua marina, agua vital.

—Tengo que marcharme, van a despedirme de mi trabajo.

—¿Te importaría?

—Sí, es mi trabajo, y aparte de no presentarme cuando es debido en el periódico, no voy a llevar un miserable reportaje que calme a la fiera del jefe de redacción.

—Si quieres, voy a hablar con tu jefe.

—Oh, no, se pondría más furioso aún. Ya me pidió una vez que me casara con él.

—¿Y continúa con esa esperanza?

—Le dije que no, pero es terco y si te viera y le dijeras...

—Entiendo. Mientras quieras seguir con tu puesto en el periódico es mejor que tu jefe no me vea.

—Eso es.

—Vamos, arriba. Te llevaré a la ciudad si es que eres capaz de prepararme unos buenos huevos fritos con bacon al *whisky*.

—¿Quieres probar si sirvo como cocinera?

—¿Y por qué no? Siempre he soñado con una mujer que además de una excelente compañía nocturna me prepare el desayuno con lo que más me guste y calentito, aderezado con su mejor sonrisa.

—*Spanishman*, más que *spanishman* —se rió mientras echaba a correr hacia la escalera de hormigón que ascendía tortuosamente hacia el *cottage* que semejaba un nido de gaviota en el acantilado.

Jo Alan subió tras ella, observándola con placer. Sony tenía algo especial, casi mítico, subiendo por el escarpado acantilado mientras su dorada cabellera caía mojada. Parecía una sirena escapada del océano, transformada su cola mediante hechizo en dos gráciles y atractivas piernas.

Su risa hallaba ecos entre los más recónditos agujeros donde polluelos de gaviotas piaban esperando la comida marina que habrían de proporcionarles sus respectivas madres que volaban por encima del acantilado y de cuando en cuando descendían en picado hacia las aguas, hundiendo sus garras en ellas, hurgando bajo la superficie y clavándolas en las carnes del pez que un ojo humano, en medio del oleaje, jamás descubriría.

La escalerita terminaba en la terraza suspendida en el aire por obra y gracia de la técnica.

Cruzó la terraza y por la puerta de la misma pasó al saloncito cuando unos brazos poderosos la cogieron por el brazo dándole un fuerte tirón.

Después, otra mano le tapó la boca mientras aparecía un cuchillo que se apoyó en su garganta amenazadoramente.

Cuando Jo Alan entró tras ella, se vio frente a Earthman, al que ya conocía por haberlo visto sobre la embarcación, cerca de la isla solitaria desde la cual asesinara a Pies Planos.

Earthman le encañonaba con una pistola y mostraba sus colmillos al sonreír.

—Hola, Jo Alan. Si no quieres morir tú y que mi amigo degüelle a tu sirena, lo cual sería una lástima porque a la vista está, que es bella, obedece.

Jo Alan, molesto por aquella desagradable sorpresa, miró a Sony. Ella estaba asustada y el cuchillo hería ligeramente su piel.

Había un tercer tipo armado al otro lado del saloncito y sentada en una butaca se hallaba la perversa Joyce, mirándole en el fondo satisfecha al ver que podía sufrir ante el posible daño que hicieran a Sony, mucho más joven que ella.

Sentía celos y deseos de venganza. Le hubiera gustado que aquel hombre la admirara a ella y no a la periodista. Joyce le había dado una oportunidad en su buhardilla y el hombre la había rechazado; eso hería su orgullo de mujer.

—De acuerdo, tú ganas, Earthman, pero lo único que yo quiero es hacer un trato. ¿No te lo ha dicho Joyce?

—Sí, ya se lo he dicho, pero Earthman quiere hacer las cosas a su manera —observó Joyce.

Sentada en la butaca, mostraba sensualmente sus piernas a los ojos masculinos, como si quisiera eclipsar la figura de la joven y culta Sony.

—Siéntate en aquella silla y modosito —ordenó Earthman.

Encañonado por la pistola y ante la dificultad en que se hallaba la muchacha, pues sólo un movimiento del secuaz de Earthman bastaría para degollarla, optó por obedecer.

Ya sentado en la silla, se le acercó Godfrey, uno de los acólitos de Earthman y le puso las manos a la espalda, atándoselas a la silla.

—Parece que tomas muchas precauciones, Earthman —observó Jo Alan.

—Sé lo que me hago. —Miró al tipo que sujetaba a Sony y le dijo—: Puedes soltarle la boca, pero no quites el cuchillo de su bonito cuello. Si se pone histérica, ya sabes cómo callarla.

—Será mejor que se duerma para que no se entere de nada —observó Joyce.

Jo Alan movió la cabeza.

—No es necesario que hablemos de algo importante. Ella no sabe de qué va nada.

—Mejor, con eso acabas de salvarle la vida, aunque Joyce tiene razón. Si duerme, menos peligro correrá.

Joyce abrió su bolso y sacó una cajita negra de plástico. De su interior extrajo una jeringuilla reforzada con acero inoxidable. Le puso una aguja y aspiró hacia el interior de la jeringuilla el contenido de una ampolleta que rompió allí mismo.

Sony temió a la inyección y se agitó queriendo impedirla, pero la sujetaron dolorosamente y sus fuerzas distaban de igualar las del hombre que la aprisionaba.

Joyce se acercó sonriente y sin ningún miramiento le hundió en la nalga la aguja hipodérmica. Sony se movió pero no pudo evitar que el contenido de la ampolleta pasara al interior de su cuerpo.

—¡Canallas, canallas!

Joyce arrancó la aguja del cuerpo que envidió y apartándose un par de pasos, contempló a Sony.

La muchacha comenzó a ver turbio y sus párpados se hicieron pesados, enormemente pesados. Sus piernas se doblaron insuficientes para soportar su peso y se ladearon lánguidas.

—Ponía en el sofá y estate cerca de ella. Si nuestro amigo Jo Alan no sabe lo que le conviene, dejaremos a su amiguita con su hermosa cabeza separada del tronco.

Dormida por la droga, Sony quedó tendida en el sofá y junto a ella se acomodó el tipo de la navaja que mantenía cerca de la garganta femenina.

—Espero que la droga no sea demasiado fuerte —gruñó amenazadoramente Jo Alan que no había podido impedir la inyección.

—¿Temes por la vida de tu hembra? —preguntó Joyce acercándosele y hundiendo sus dedos entre los cabellos masculinos —. No es la única en el mundo.

—Si para mí la única hembra del mundo fueras tú, te aseguro que la humanidad no se reproduciría.

Furiosa por aquellas palabras, Joyce le castigó con una sonora bofetada que el hombre no pudo detener por hallarse con las manos atadas a la espalda.

—Godfrey, pon cómodo a nuestro amigo para que luego pueda charlar con sensatez —ordenó Earthman.

Godfrey, que mascaba un chicle, sacó del bolsillo una pequeña bolsita con arena que encerró en su mano diestra, reforzando su puño que estrelló contra el rostro del maniatado Jo Alan.

Éste replicó con un puntapié que alcanzó a Godfrey en el bajo vientre, lanzándolo al suelo agitándose de dolor y lanzando pequeños aullidos.

—Si vuelves a hacer eso, le corto el cuello a la chica.

La navaja arañó ligeramente la garganta de Sony, dormida a causa del narcótico inyectado por la maligna Joyce.

Con la boca ligeramente sangrante, Jo Alan masculló:

—Creo que no es necesario que me destroce la cara para hablar.

Godfrey se había incorporado, ya amortiguada la intensidad del dolor. Apretó su puño con rabia, dispuesto a machacar el rostro de Jo Alan.

Éste vio los ojos de aquel asesino cargados de odio, de deseos de venganza, pero Earthman le contuvo con una orden.

—¡Tengo que machacarlo! —barbotó.

—Después, si hace falta, te desquitarás.

—Está bien, pero no quiero perderme ese gusto.

—¿Qué te parece, Jo Alan, suelto a mi mastín para que te convierta la cara en pulpa sanguinolenta? —Earthman se rió en la cara del piloto de pruebas, consciente de que dominaba la situación y de que todo funcionaba según sus planes—. Por cierto, hemos tenido el gusto de registrar un poco este nido de amor y no hemos encontrado los diez mil dólares que has prometido.

—No tengo aquí el dinero y no os lo voy a dar estúpidamente.

—Diez mil dólares no es una cantidad excesiva —gruñó Earthman situado frente a Jo Alan, pero a prudente distancia para no tener que encajar una patada como su secuaz—. Tengo lo que buscas.

—¿Ah, sí? —Jo Alan le miró al fondo de los ojos, interrogante—. Me gustaría verlo.

CAPÍTULO XII

—¿Cuándo pagarás?

—Cuando lo tenga en mis manos.

—Pues vas a tener que pagar ahora mismo —advirtió Joyce moviéndose de un lado a otro felinamente.

—Joyce dice la verdad —corroboró Earthman.

—Tengo que comprobarlo, no voy a permitir que nadie juegue conmigo.

Del interior de su túnica, Earthman sacó un carrete de *videotape* que puso frente a los ojos de Jo Alan.

—Aquí está tu secreto, amigo Jo Alan y, francamente, me gustaría saber lo que hay dentro.

Había que ser muy sagaz para captar la perplejidad y la sorpresa de Jo Alan, pues éste trató de disimularla. Aquello no lo esperaba. Su propio ardid estaba funcionando y le sorprendía a él mismo, ya que sólo había dicho que quería recuperar algo para llegar hasta el o los asesinos de la familia Landon y de esta manera averiguar si eran simples criminales o tenía que meterse de lleno en el caso el departamento de contraespionaje.

Pero allí, delante de sus ojos, había un carrete de *videotape* y en él, una pequeña banda roja advertía: «TOP SECRET».

—¿Cómo lo encontraste?

—Calma, amigo, calma, quien hace las preguntas soy yo —advirtió Earthman jugueteando con el carrete en su mano—. He de decir con sinceridad que he tratado de averiguar lo que hay dentro de esta cinta, pero en la pantalla de un magnetoscopio sólo salían cifras y cifras en clave que no he conseguido descifrar. Estuve a punto de patearlo, pero apareció Joyce y me dijo que alguien iba a pagar diez mil dólares por algo muy interesante que deseaba recuperar.

—Y ése soy yo, claro.

—Sí, pero quiero saber lo que significa —advirtió Earthman.

—Ni yo mismo lo sé —respondió Jo Alan.

—Eso es fácil de decir, pero difícil de probar. Por algo querías recuperar este carrete, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me pagan un bonito dinero. Yo viajo mucho con mis coches, por todo el mundo, y tenían que entregarme este carrete.

—No me digas que eres un espía.

—Sólo un enlace.

—¿Para quién?

—Lo ignoro. Yo sólo recibo, llevo y entrego, no pregunto nombres. Cobro y me callo, ésa es mi misión.

—No vas a engañarme con eso. ¿Qué nación te paga por espiar a su favor? ¿Rusia, China, quién? —preguntó, poniéndose de costado junto a Jo Alan para no recibir una patada y tirándole de los cabellos con fuerza hacia atrás, para causarle intenso dolor.

—No lo sé y no me importa, a mí sólo me interesa el dinero.

—¿Cuánto ibas a cobrar?

—No creo que importe eso ahora.

—¡Sí importa, sí importa!

—Yo sólo lo hago por dinero, tengo muchos gastos con mis coches

—masculló Jo Alan tratando de aparecer ante los ojos de Earthman como un traidor a su patria. Aquello no era cierto, pero sería difícil que lo averiguase aquel sucio y melenudo sujeto ansioso de grandezas.

—De ésa ya hablaremos más despacio. Ahora, dime quién era tu socio, es decir, el que te entregaba esto. ¿Landon o su esposa?

—¿Qué importa eso ahora?

—Sí importa, te has quedado sin enlace, los dos han muerto y yo también quiero ganar dinero. Habrá que buscar a quien siga ordeñando la vaca.

—Era la señora Landon.

—De modo que era ella... Pues a mí, el carrete me lo entregó Landon.

—¿El?

—Sí, para que no degollase a sus hijos, pero no le sirvió de nada. La fiesta siguió cuando yo tuve el carrete en la mano. Después de todo, tenían que morir.

—De modo que la fiesta fue un pretexto para ocultar los verdaderos motivos que os llevaron a la casa de los Landon.

—La fiesta era asesinarlos a los cinco, pero yo sabía que podía

darme algo importante. Por unos momentos, temí que el negocio se me escapara de las manos.

—¿Por qué?

—Pues, Landon podía haberse negado a darme el carrete que ahora tengo en mi poder. Hubiera sido difícil comenzar a buscar por la casa para encontrar lo que alguien escondió y que era importante.

—Es cierto —admitió Jo Alan siguiendo el juego.

—¿Ella te entregaba el carrete en propia mano?

—La entrega tenía que hacerse así, pero ésta era la primera que se realizaba.

—¿Y quién te indicó que debías de recoger el carrete de manos de la señora Landon?

—Una voz por teléfono. Nunca he visto al tipo que me llama, tiene un ligero acento extranjero, pero no sabría decir de qué país.

—Y la señora Landon, ¿dónde podía guardar el carrete en su casa?

—No lo sé. La cinta debía de entregársela su propio marido para no llamar la atención. Ella tenía que guardarla y hacer la entrega cuándo y cómo se le indicara —explicó Jo Alan, inventando sobre la marcha para que Earthman no se percatara de que lo ignoraba todo referente al carrete de *videotape*.

Astutamente, Earthman prosiguió:

—Entonces, he de suponer que quien lo escondía en la casa era la propia señora Landon.

—Es posible.

Joyce miró interrogante a Earthman; éste sonrió satisfecho en parte.

—Es interesante, muy interesante. Tú, Joyce, que eres mujer y forzosamente has de pensar como tal, ¿dónde esconderías un carrete como éste?

—No sé. Si era ama de casa y tenía niños, la cocina debía de estar muy frecuentada por ella.

—¿Qué te parece, Jo Alan, podía haber estado escondido este carrete en la cocina?

El piloto de pruebas frunció ligeramente el ceño; su perspicacia le advertía que Earthman trataba de sonsacarle, no eran necesarias tantas preguntas teniendo ya el carrete en la mano.

—Yo opino que, en el jardín, un ama de casa puede enterrar muchas cosas.

—No es mala idea la de nuestro amigo el arriesgado piloto de

carreras.

—Sí, pero la señora Landon no querría que ningún vecino o persona extraña pudiera verla y jamás saldría al jardín con el carrete para ocultarlo y luego tener que desenterrarlo de nuevo para el día de la entrega.

Earthman torció el gesto. Luego, recuperado, forzó la sonrisa.

—Eso también es cierto.

—Nadie mejor que una mujer limpia conoce a fondo todos los recovecos de su hogar.

—La casa parecía bastante arreglada y no había ninguna sirvienta.

—Podría haber ido a ayudarla una asistente a horas —advirtió Joyce.

—En ese caso, no escondería nada importante donde pudiera hallarlo la mujer de la limpieza cuando fuera a su casa.

—Entonces, la cocina queda descartada a menos que tenga algún compartimiento secreto.

—Una cocina moderna no suele tener compartimientos secretos y menos del tamaño suficiente como para esconder un carrete de *videotape*. Yo hubiera buscado en el dormitorio —indicó Jo Alan.

—Bien, todo eso ya importa muy poco ahora —gruñó Earthman—. La cinta ya está en mis manos.

—¿Y quién os dijo que los Landon tendrían este carrete?

—La Mafia —contestó instintivamente Joyce. La mirada fulminante que le dirigió Earthman la hizo palidecer y tartamudear ligeramente —. Es un decir...

—A mí me ofrecían cinco mil dólares por este carrete —mintió Earthman, pues el juego era de astuto a astuto.

—Yo sigo con mi oferta de diez mil dólares. Me quedará poco para ganar, pero lo que más me interesa es que quien me paga siga confiando en mí.

—A juzgar por lo de «TOP SECRET» y las claves que lleva, esto debe de ser muy importante, por eso te pondrás en comunicación con el hombre que te paga y le pedirás cien mil dólares si quiere obtenerlo.

—¿Cien mil dólares? Si no sé cómo avisarle, él siempre me llama a mí.

—Busca la forma de ponerte en contrato con él.

—Será imposible.

—En ese caso, perderás el carrete. Te llamaré esta noche a este teléfono y te diré dónde debes acudir con el dinero para comprarlo.

—Podríamos llegar ahora a un arreglo. Puedo ir al Banco a buscar diez mil dólares y te pago.

—No, amigo. Tengo olfato para saber lo que puede valer mucho dinero e intuyo que este carrete de *videotape* es muy valioso, no sé para quién, pero lo es y quiero cobrar bastante dinero. —Se volvió hacia el *hippy* que vigilaba a Sony, que seguía quieta en el sofá bajo los efectos del narcótico—. Cárgala y llévala afuera.

—Entendido —aceptó el secuaz tirando del brazo inerte de Sony y cargándosela sobre los hombros como si se tratara de una gacela atrapada, sin preocuparse siquiera de cubrirla con nada, pues la joven sólo vestía el improvisado bikini confeccionado con los *foulards* de Jo Alan, unidos a base de nudos.

—No es preciso que os la llevéis a ella —objetó Jo Alan. Earthman sonrió astutamente.

—Si no estás aquí cuando llame por teléfono para recibir el recado que voy a darte para canjear el carrete por los cien mil dólares, piensa en ella. Será una pena que tanta hermosura sea rociada con gasolina, y Joyce, sí, la propia Joyce, le prenderá fuego con un simple fósforo. Cuando encuentren su cadáver, nadie va a reconocerla, será hasta divertido verla retorcerse en medio del fuego —explicó con sádico deleite.

—No es necesario que la asesinéis, ella no sabe nada de todo este asunto.

—Sí, ya sé que sólo es una periodista. Hemos registrado su bolso mientras os bañabais, pero tú serás el culpable de su muerte si no obedeces órdenes, claro que si todo sale bien, tendrás el carrete y a la chica viva. Ella te lo va a agradecer en sobremanera.

—Supongo que él ya tendrá experiencia de la forma en que ella se muestra agradecida —silabeó Joyce destilando celos.

—Adiós, Jo Alan, volveremos a vemos.

Jo Alan les vio alejarse hacia la puerta y gritó:

—¡Por lo menos, desatadme!

—Hazlo tú mismo, tienes tiempo para hacerlo —replicó Earthman cerrando la puerta tras él.

CAPÍTULO XIII

No resultó tarea demasiado difícil para Jo Alan desprenderse de las ligaduras que le sujetaban a la silla. Se hizo unas rozaduras que escocían, pero en las que apenas se fijó.

Se vistió rápidamente y, sin peinarse, buscó entre los libros de la estantería uno que estaba hueco interiormente. De él sacó una pistola «Kruger» del calibre veintidós y con veinte balas en la petaca.

Sólo un arma como aquélla podía proporcionarle tal cantidad de disparos, especialmente gracias a su escaso calibre. En otras ocasiones había utilizado pistolas de grueso calibre, pero en aquélla prefería el veintidós por si podía cazar vivo a aquel repugnante tipo y al mismo tiempo tendría más posibilidades para luchar contra ellos cuando les hiciera frente, aunque para ello debía de tomar todas las precauciones, pues Sony corría grave peligro.

Aquellos tipos eran asesinos no sólo sin escrúpulos, sino altamente sádicos.

Se enfrentó con el teléfono, pero pensó que podían haberlo trucado para escuchar sus llamadas y así saber lo que iba a hacer. Abandonó el *cottage* sin llamar.

El «Lancia-Fulvia» estaba allí, aguardándole. En la tierra había marcas muy claras de un vehículo semipesado.

«Deben de utilizar un furgón grande y no nuevo, porque con sus indumentarias llamarían la atención», pensó Jo Alan.

No perdió más tiempo observando las huellas del vehículo que utilizaba Earthman. Subió al «Lancia» y arrancó, alejándose de allí hacia la carretera principal.

Penetró en la autopista que le condujo al área urbana de Los Angeles y frenó junto a una cabina telefónica tras asegurarse de que no era seguido por ningún automóvil.

Saltó del «Lancia» para introducirse en la cabina. Había dejado las llaves puestas en el contacto y discó aprisa el número que sólo guardaba en su memoria.

—¿Diga?

—Hace falta una niñera de inmediato, urge vender *stock* —dijo rápido Jo Alan.

La voz conocida al otro lado del hilo, respondió:

—De acuerdo. Ahora mismo en el lugar donde nunca duermen.

—Correcto —aceptó Jo Alan, observando que dos *teenagers* se habían encaprichado de su automóvil.

Colgó el auricular y saltó al exterior de la cabina cuando los ladrones se habían introducido ya en su coche y ponían el motor en marcha.

En tres zancadas se plató junto a la portezuela, que abrió justo cuando iban a poner el seguro desde el interior, pero al tirar él de la puerta no consiguieron colocarlo.

Hubo un ligero forcejeo mientras uno de los ladrones apremiaba al otro para que arrancara.

De un violento tirón, Jo Alan abrió la portezuela y agarrando por los cabellos al ladrón, le sacó fuera del coche violentamente mientras éste chillaba de dolor.

Su compinche, al ver la difícil situación, abandonó el vehículo por la otra portezuela echando a correr entre medio de los coches, que estuvieron a punto de atropellarle.

—¡Sólo me faltabais vosotros, carne de presidio!

Le propinó una bofetada de revés que le lanzó hacia la cabina. Cuando el joven ladrón se recuperó, echó a correr y Jo Alan no hizo nada por detenerle.

Molesto, se introdujo en su «Lancia», poniéndolo en marcha.

Arribó al aviario nocturno del Griffith Park antes que su enlace Lionel, del contraespionaje norteamericano.

La luz era tenue, rojiza, y a Jo Alan le pareció que aquel vampiro de la Pampa argentina que colgaba cabeza abajo y extendía sus alas casi desperezándose, le había reconocido de la vez anterior, pues volvió a fijarse en su persona.

A Jo Alan no le simpatizaba aquel bicho, que en su lugar de origen se alimentaba del ganado cayendo sobre él durante el sueño. Con suma cautela, abría sus venas para hacer brotar la sangre al tiempo que vertía sobre la incisión una sustancia segregada que impedía que la sangre se coagulara.

De esta forma, se alimentaba chupando la sangre de la res o de un hombre si conseguía herirle en el tobillo sin que lo advirtiera

mientras dormía. Al amanecer, el animal atacado había muerto en la mayoría de las ocasiones, no por la cantidad de sangre succionada, sino porque no había podido coagular la herida abierta y se había desangrado lentamente por ella.

Escuchó unos pasos suaves y rápidos y apartó la mirada del vampiro que se hallaba al otro lado del grueso cristal.

El pequeño y anodino Lionel se acercaba, tocado con su habitual sombrero verde oscuro.

Se detuvo frente a él tratando de escrutar su rostro en medio de aquella luz rojiza y escasa en la que los vampiros y búhos semejaban encontrarse a sus anchas, pero donde el ser humano no podía ver con claridad.

No cruzaron contraseñas; Jo Alan fue al grano.

—El caso se ha complicado. Earthman es el asesino de la familia Landon. Utilizó a varios borregos suyos, hipnotizando a unos, drogando a otros y ordenando simplemente a los restantes.

—¿Cuántos fueron?

—Concretamente no lo sé. Uno de ellos ha desaparecido con un balazo, en las aguas del océano, le apodaban Pies Planos.

—¿Le ha liquidado usted?

—No, fueron ellos mismos al darse cuenta de que había hablado demasiado conmigo.

—Siga.

—Earthman es un sádico y un tipo codicioso. Al parecer, hubo un motivo para el asesinato de la familia Landon.

—¿Asunto espionaje?

—Eso no está claro. Tenía que amenazar a los Landon para que éstos les dieran un carrete de *videotape* en el que una cinta roja advierte: «TOP SECRET», y cuando Landon se lo entregó, creyendo que todo habría terminado, les asesinaron a los cinco.

—Vaya, ¿un carrete de *videotape* que pone «TOP SECRET»?

—Sí, eso es, me lo han mostrado.

—¿Y para qué lo querría ese Earthman? ¿Trabaja para alguna potencia extranjera?

—No, creo que el encargo ha surgido de la Maña.

—¿La Mafia relacionada con asuntos de espionaje?

—Yo diría que ha intuido algo importante y ha trabajado a distancia, sin querer ensuciarse las manos directamente. Quizá no

pretenda un éxito de cara a los mafiosos en general ni nada que trascienda a la Prensa, pero si consiguieran algo importante, muy importante, podrían chantajear al Gobierno.

—El intento de chantaje siempre es posible, lo que no es seguro es que fueran obedecidos.

—Sí, esa parte está por ver, pero de momento lo cierto es que hay un tipo llamado Earthman, un tipo a lo Manson y que además de sádico y codicioso parece un demente. Tiene el carrete y pide cien mil dólares por él.

—¿Pretende jugar con dos barajas?

—Quizá la Mafia le ofrezca menos.

—Jo Alan, le conozco, usted ya tiene su propia opinión, ¿no es cierto?

—Bueno, intuyo algo.

—Dígalo, porque por la prisa y a juzgar por su cara ensangrentada, está en aprietos.

—Me han dado hasta esta noche de plazo para reunir los cien mil y, además... —Hizo una pausa.

—¿Además, qué?

—Se han llevado a una amiga mía, es periodista.

—¿Le han amenazado con ella?

—Sí, y sabiendo lo que hicieron con la familia Landon, es para temer que si no voy con mucho gusto cumplirán sus amenazas de quemarla viva.

—Un asunto muy desagradable. Tendrá los cien mil para recuperar ese carrete.

—¿Puede ser realmente valioso?

—Sí, ahora ya sabemos lo que utilizó Landon sin que nadie lo advirtiera.

—¿Y qué es?

—No estábamos seguros, pero ahora ya hay un carrete de *videotape* de por medio y con lo que se ha averiguado en la estación subterránea secreta de control, sabemos que Landon estuvo consultando a la computadora general. El carrete no son ni siquiera datos obtenidos por el satélite espía, sino resultados ofrecidos por la computadora trabajando con datos almacenados.

—¿Y qué datos puede haber ofrecido la computadora?

—Ignoramos lo que Landon preguntó realmente al cerebro

electrónico, pero sí sabemos que la computadora es muy eficaz y barajando datos altamente secretos puede dar resultados espeluznantes, resultados que pueden valer millones de dólares o costar millones de vidas humanas.

—Entiendo. Recuperaré el carrete, pero también me importa mucho salvar a la chica periodista.

—Muévase con cuidado, Jo Alan. Si alguien le descubre ya no podrá servir más en el contraespionaje. Es fundamental recuperar ese carrete y me inclino a creer en su hipótesis de que es la Mafia quien lo desea, porque si fuera una potencia extranjera, Earthman estaría rodeado de espías tratando de llevarse el peligrosísimo carrete.

—Es que tengo otra opinión, Lionel.

—¿Cuál?

—Ya se la diré cuando esté seguro de ello.

—Vamos, Jo Alan, no juguemos a las adivinanzas. Este asunto se ha vuelto más peligroso de lo que parecía en un principio. Un carrete de *videotape* elaborado con la computadora del centro secreto subterráneo en el que trabajaba el ingeniero Landon, es más peligroso que todos los documentos que poseen nuestras embajadas juntas en toda la Tierra. Los hombres de la KGB se sentirían muy felices sólo con la remota posibilidad de obtener esa cinta que el estúpido de Landon robó a la computadora.

—Me encargaré de que ese Earthman no se salga con la suya. Sólo quería contar con los cien mil dólares y ayuda si en un momento dado la pido.

—Cuenta con el dinero, pero respecto a la ayuda, tenga cuidado. Si le descubre la policía mezclado en un feo asunto, nadie va a reconocerle. El departamento de contraespionaje jamás revela el nombre de sus miembros ni aun a la propia policía norteamericana, sea del estado que fuera.

—No lo olvidaré.

—Suerte —deseó Lionel, estrechándole la mano.

Los dos hombres se separaron mientras el vampiro seguía observándoles atentamente en medio de aquella luz oscura rojiza que simulaba la noche.

CAPÍTULO XIV

El viejo furgón que habían tomado como *habitat*, Earthman y sus secuaces, se hallaba estacionado a poca distancia de la casa de los Landon, situada en una zona jardín e independiente de los demás edificios.

Desde el furgón podían ver al policía que montaba guardia en el jardín de la casa Landon. Parecía aburrido y daba paseos cortos sin pisar en ningún momento aquel verde césped que el ingeniero Landon jamás volvería a cuidar.

—¿Crees que habrá algún otro dentro de la casa? —inquirió Joyce.

—Éste es un buen punto de vigilancia, la noche nos está cayendo encima y no tardaremos en saberlo —gruñó Earthman tratando de controlar su impaciencia para no cometer ningún error que pudiera costarle caro. Regresar al lugar del crimen siempre era muy peligroso.

Sony abrió los ojos y les miró. Se hallaba tendida en un rincón del furgón, atada de pies y manos y amordazada para que no pudiera gritar inopinadamente.

—Earthman, la rubia ha despertado —comunicó Godfrey.

Todos la miraron y Sony sintió miedo. Allí no estaba Jo Alan para ayudarla si aquellos canallas atentaban contra su integridad física.

—¿Qué haremos con ella? —preguntó Joyce sin dejar de observarla, envidiando su juventud y también aquella belleza que a ella se le iba marchitando.

—Por el momento, conservarla viva, puede sernos útil.

—¿Y después?

—Cuando ese Jo Alan haya pagado, nos desharemos de ella.

—Yo me encargaré de la rubia —dijo Godfrey—. Es una pena romper la muñeca antes de jugar con ella, es muy bonita.

Godfrey acercó su manazas algo torpes y sucias a Sony. Ésta se movió, tratando de escapar, pero nada podía hacer, ya que no había lugar por donde escabullirse.

—¡Déjala ahora! —masculló Earthman.

—¿Por qué? —preguntó Joyce—. Que juegue un poco, ella no va a

gritar, tiene la boca tapada.

Sony destiló súplica en sus ojos; aquel tipo repugnante y malcarado estaba muy cerca de ella.

—¡No me pongas nervioso ahora, Godfrey, déjala! —repitió Earthman, no por salvar a la chica, sino para tranquilizarse a sí mismo. La situación era peligrosa y lo sería más cuando entraran en acción.

La noche les envolvió con rapidez y se encendieron las luces de las escasas farolas que había en la calle. Desde, donde estaban podían ver las viviendas que se iluminaban, indicando que en sus interiores había alguien.

—¿Lo veis? No hay nadie dentro de la casa de Landon, no se ve ninguna luz —observó Earthman satisfecho.

—¿Crees que merece la pena arriesgarse? —preguntó Joyce.

—Eso sería tanto como aceptar que la muerte de la familia Landon fue inútil —gruñó Earthman—. Yo quería ganar el dinero que me prometieron y todavía no he cobrado. Debo de encontrar ese maldito carrete que Landon escondió en alguna parte.

—La señora Landon —corrigió la propia Joyce.

—Eso es, la señora Landon. Vosotros dos, Godfrey y Jovan, ya podéis acercaron a la casa, pero con cautela, sin ruidos. Quiero un buen trabajo. ¿Comprendido?

Sus dos secuaces asintieron con la cabeza.

Poco después, Sony les vio abandonar el furgón sigilosamente.

Jovan, con las manos hundidas en los bolsillos y un cigarrillo apagado entre los labios, comenzó a caminar cansinamente por la acera. Su compañero Godfrey se había filtrado por entre los setos de los jardines llevando un bat de reglamento en la mano como si se dispusiera a jugar a *béisbol*.

Al llegar frente a la casa de los Landon, Jovan se detuvo. Se quitó el cigarrillo de la boca, lo miró y luego observó de reojo al policía que le estaba vigilando. Se volvió hacia él pidiendo:

—Eh, oiga, ¿puede darme fuego?

—¡Lárguese! —replicó el policía, expeditivo.

—Vamos, polizonte, ¿es que no va a darme fuego? Yo también pago mis impuestos y si un policía no me hace ni este pequeño favor, voy a pasearme un día entero por delante de la casa del gobernador con una pancarta de protesta.

El agente, un veterano del Cuerpo, torció el gesto, pero hundiendo la diestra en su bolsillo, sacó un encendedor al tiempo que caminaba hacia Jovan preguntándole:

—¿Acaso ha bebido demasiado?

—¿Bebido yo? Estoy más sobrio que usted cuando hizo su juramento.

Se encendió la pequeña llama en el mechero y Jovan inclinó la cabeza para prender fuego a su pitillo cuando por detrás del policía asomó Godfrey con el duro y manejable bat alzado.

Se escuchó un golpe seco y el policía, alcanzado en la nuca, cayó sobre Jovan. Éste le agarró entre sus brazos unos instantes.

—Vamos, amordázalo.

—No hace falta, Godfrey, le has partido la cabeza.

—Maldita sea, sí que los ponen blandos. No quería matarle.

Escondieron el cuerpo del agente bajo unos arbustos del propio jardín de los Landon. Después, Godfrey sacó una pequeña linterna e hizo señales que fueron captadas desde el furgón.

—Todo ha ido bien —dijo Earthman al divisar las señales luminosas.

—¿Qué hago, dejamos a ésta sola?

—No, Joyce, tú te quedas aquí con ella, esperando.

—Bien —aceptó la mujer mientras Earthman abandonaba el vehículo para dirigirse hacia la casa.

Joyce, a solas con Sony, se acercó a ésta, totalmente a su merced, puesto que se hallaba tendida en el piso del furgón, atada y amordazada.

—Eres muy hermosa y posiblemente hasta sabihonda, pero no te saldrás con la tuya de llevarte a un tipo como Jo Alan —silabeó—.

Es verdad que no será para mí, pero tampoco para ti.

Los celos que le mordían las entrañas le hicieron pegarle patadas a Sony, que las encajó con dolor, pero en silencio, ya que su boca estaba tapada.

Earthman se introdujo rápidamente en la casa de los Landon, aquella casa que ya conocía bien por haber estado en ella. Sus secuaces habían reventado la puerta para pasar al interior.

—Tú registra por la cocina y tú por el saloncito —indicó—. Yo lo haré por el dormitorio matrimonial.

Los tres hombres se separaron y provistos de sus respectivas

linternas, comenzaron a registrar la casa en profundidad, cortando tapizados, levantando planchas de madera, abriendo cajones y rasgando colchones.

Earthman, a cada cosa que rompía sin hallar lo que buscaba, soltaba una imprecación malhumorado.

—Tiene que estar —repetía—, tiene que estar.

El hallazgo del carrete de *videotape* en el que destacara la franja roja con las letras de «TOP SECRET» era vital para sus planes. Pensaba obtener dinero por los dos carretes, si es que conseguía el verdadero.

Mientras, en la calle y cerca del furgón, ocurría algo con lo que Earthman ni sus secuaces habían contado, algo que les iba a sorprender totalmente.

CAPÍTULO XV

Frente a la casa de los Landon se alzaba una suave colina, y en ella se ubicaban varias calles y casitas con jardín, semejantes a la de los Landon.

Jo Alan se había instalado en un plano más alto para observar a distancia y medio oculto por unos setos, estiró la antena de su telecomunicador a pilas.

—

L L L,

¿me escucha?

—Sí,

J J J,

cambio —respondió la voz del jefe de contraespionaje.

—¿Ha pasado el recado tal como le he pedido?

—Sí, he hecho una llamada anónima avisando a los capitostes de la Maña de que Earthman está a punto de vender el carrete a un mejor postor. Espero que le pasen pronto el chivatazo al mañoso encargado del asunto Landon.

—Eso espero yo también. Estoy vigilando la casa, volveré a llamar para que siga adelante el plan, ahora, cambio y corto.

Jo Alan escondió la antena telescópica del telecomunicador y descendió por entre los jardines como un ladrón furtivo para llegar a la calle donde se ubicaba la casa de los Landon y en la que estaba aparcado el furgón de Earthman algo más lejos.

Se acercó al vehículo con sigilo para no ser descubierto. En su mano portaba una bolsa de deporte de la que no se separaba.

Asió la manecilla de las portezuelas posteriores del furgón deseando que no estuvieran cerradas, y así sucedió. Jo Alan había supuesto que aquél era el furgón de Earthman, pero al verles salir de él, desde su puesto de observación, sus sospechas quedaron confirmadas.

La portezuela cedió, y de un salto pasó al interior del mismo, cerrando tras de sí.

Había muy poca luz allí dentro, pero identificó de inmediato a

Joyce. Ésta quedó sorprendida, preguntando:

—Eh, ¿quién es?

—Soy Jo Alan.

Joyce se asustó y quiso escapar, pero el hombre la empujó haciéndola caer sobre el baúl.

—Hay muy poca luz aquí dentro, pero creo que podremos hacer el trato lo mismo.

—¿Qué trato? —preguntó Joyce, desconcertada y deseando tener una pistola en la mano.

—Tu amigo Earthman me ha pedido cien mil dólares por el carrete.

—Eso es.

—Mejor será que enciendas una luz, aunque sea pequeña.

Joyce se levantó. Tanteó en la ventanilla que daba a la cabina del furgón y se encendió una débil bombilla.

—Si la ve Earthman se va a molestar —advirtió.

Jo Alan descubrió a Sony tendida en el suelo. Estaba llena de rojeces, además de atada y amordazada. La joven le suplicaba con la mirada, ya que no podía hacer otra cosa.

—El carrete sigue interesándome y aquí traigo el dinero.

—No me digas...

—Sí te digo, y también traigo esto.

Del interior de la bolsa extrajo un carrete de *videotape* con una franja roja que ponía «TOP SECRET».

—¿Qué significa esto?

—He estado en la casa de los Landon con anterioridad. Comprendí que Earthman trataba de sonsacarme y me he adelantado arriesgándome.

—¿Y ahora sí lo tienes? —preguntó Joyce, desconcertada.

—Quiero el otro también, por eso te vas a llevar la mitad del dinero adentro de la casa donde está Earthman y le explicas el asunto. Volverás a salir con el otro carrete, tú sola, y lo echarás delante de la papelera que hay frente a la casa. Allí lo recogeré yo.

—¿Y la otra parte del dinero?

—Se quedará aquí en el furgón. Tendréis que confiar en mí, porque ahora soy yo quien manda. El imbécil de Earthman está perdiendo el tiempo dentro de la casa. —Sacó una bolsa más pequeña del interior de la grande y mostró el dinero a Joyce. Le entregó la bolsa grande añadiendo—: Te llevas cincuenta mil, que no está nada mal,

arriesgo ya demasiado. ¿Correcto?

—Está bien, tú ganas, pero sería mejor esperar a Earthman.

—Ni lo sueñes. No voy a dejar que me cerquéis estúpidamente.

—De acuerdo, se lo diré, veremos qué le parece. —Miró a Sony y preguntó mordaz—: Has venido a salvar a tu muñeca rubia, ¿verdad, *sir* Lancelot?

—¡Lárgate! —le ordenó Jo Alan empujándola hacia la puerta.

Joyce se alejó hacia la casa y Jo Alan se apresuró a liberar a Sony de sus ligaduras y mordaza.

—Vamos, hay que marchar aprisa, antes de que sea tarde.

—Me encuentro mal...

—¿Qué te han hecho?

—Esa perversa mujer me ha pegado.

—Maldita hija de perra... Vamos.

La ayudó a levantarse y ambos salieron del furgón, internándose entre los setos de los jardines.

—Desde aquí podremos contemplar la fiesta.

—No entiendo nada, nada. ¿Son ellos los asesinos de la familia Landon?

—Sí, y son más peligrosos de lo que pueda parecer.

Por la calle apareció un coche oscuro, circulando lentamente.

—Ésos deben de ser —gruñó Jo Alan.

—¿Quiénes?

—Los de la Maña que acuden a ajustar cuentas.

El automóvil rebasó el furgón y pasó por delante de la casa de Landon. Se detuvo algo distante y allí quedó estacionado, sin llamar la atención.

Jo Alan sacó de su bolsillo el teletransmisor y estiró su antena.

Aquí

J J J,

llamando a L L L. ¿Me escucha? Cambio.

Aguardaron unos instantes. Sony no comprendía nada, su mente estaba confusa.

—Aquí

L L L,

escucho. ¿Todo bien? Cambio.

—Dé la alerta general, creo que los de la Mafia han llegado. Cambio.

—Entendido. Póngase a cubierto, habrá fuegos de artificio. Cambio y corto.

Vieron las luces de las linternas a través de las ventanas de la casa Landon. Al fin, se abrió la puerta y salió Joyce con algo en la mano. Se acercó a la papelera, y allí, tal como se le había ordenado, dejó caer el carrete. De inmediato, se vio sorprendida por dos hombres que habían saltado del coche recién llegado. Luego, aparecieron dos más, Sam y Benini, y los cinco se internaron en la casa.

Se escucharon varias detonaciones en el momento justo en que cercando la casa y por todas direcciones, aparecían coches policiales. Sus sirenas no ululaban, pero a la orden del oficial que mandaba la operación, se encendieron súbitamente unos focos, iluminando la casa por los cuatro costados, mientras su voz imperativa advertía y ordenaba:

—¡Atención, atención, están rodeados, salgan con las manos en alto!

Por las ventanas comenzaron a vomitar furioso plomo al comprender que habían caído en una trampa.

—¡Fuego! —ordenó el oficial de policía.

El fragor del tiroteo aterrorizó a todo el barrio. Las balas silbaban en todas direcciones mientras unas bombas de gas lacrimógeno penetraban con explosiones sordas a través de las ventanas.

Mas el tiroteo no cesaba, los proyectiles iban de un lado a otro. Focos de la policía estallaron hechos pedazos y también más de un agente cayó alcanzado por las balas.

Mas, en el interior de la casa se fue haciendo el silencio. De pronto, se abrió la puerta y Joyce escapó corriendo con las manos en alto y gritando:

—¡No disparen, no disparen!

Desde la puerta le dispararon por la espalda mientras Benini, el último de los allí escondidos, era abatido por una ráfaga de metralleta.

EPÍLOGO

Sony tecleaba en su máquina portátil en la terraza del *cottage* de Jo Alan suspendido sobre el acantilado e iba leyendo en voz alta lo que escribía.

«Fueron recogidos ocho cadáveres de la casa de los Landon, la mansión maldita, como podríamos llamarla. El agente del contraespionaje, Jo Alan, había preparado una trampa mortal para todos aquellos indeseables que pretendían extorsionar al Gobierno mediante la amenaza de vender al extranjero un carrete de *videotape* en el que debían hallarse los mapas con los puntos clave de toda la defensa norteamericana, confeccionados por la computadora secreta con los datos recibidos del satélite espía que no sólo vigilaba tras el Telón de Acero y el de Bambú, si no el propio territorio de los Estados Unidos. El ingeniero Landon, presionado bajo la amenaza de matar a sus tres hijos, lo entregó sin poder evitar el asesinato de toda su familia, incluido él mismo. Los criminales no supieron aprovecharse del carrete de *videotape* con “TOP SECRET”, pues al hallarse los resultados en clave, lo tomaron por unos simples mapas meteorológicos. El carrete fue hallado en la casa de Landon por la policía local y recuperado por el FBI al conocer su existencia. Tanto el descubrimiento de los asesinos de la familia Landon como el atajar el riesgo de un peligrosísimo espionaje llevado a cabo por delincuentes comunes y con el único objeto de extorsionar al Gobierno mediante amenazas, fue realizado por Jo Alan, al que todo el mundo conoce

como pilo...».

Jo Alan se levantó de la hamaca en la que estaba tomando el sol. Observó la hoja escrita y dijo a Sony:

—Hubiera sido un buen reportaje para ti, pero lo siento. No soy yo quien te niega la gloria, sino el departamento de contraespionaje.

Ante los ojos de Sony, encendió el mechero y con él quemó la hoja escrita que, una vez envuelta en llamas, arrojó sobre el acantilado. El fuego se alejó volando hacia el océano.

Sony se levantó. Se habían curado ya sus cardenales, aunque se notaban algunas marcas. Vestía un bikini color salmón y su cuerpo resultaba bello y atrayente, dorado por el sol.

Se abrazó al hombre y buscó sus labios mientras susurraba:

—Al diablo la gloria del notición si te he cazado a ti, amor.

Y sus labios se encontraron bajo el fuerte sol de California.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.